



PERIÓDICO HEBDOMDARIO DE LITERATURA

DIRECTOR — José Antonio Tavolara.

REDACTORES — Julio Herrera y Obes, Eliseo F. Outes, Gonzalo Ramirez, José Pedro Varela, José María Castellanos.

La redencion.**I.**

Las venas del mundo acababan de cerrarse.

La tierra estaba en paz.

Roma habia colgado la espada de su ambicion en el Templo de Numa.

El imperio de Augusto no tenia por fronteras sino el polo y los mares desconocidos.

Adonde quiera que uno mirase, desde el Ponto Euxino hasta las selvas misteriosas de la Germania, no veia sino flamear las águilas romanas.

En el mapa político de la humanidad solo existia el nombre del pueblo conquistador, á quien habian bastado ocho siglos de esfuerzos para abarcar la tierra con sus brazos y amarrar á las naciones al pié de sus colinas eternas.

¿Cuál era entónces el estado moral del mundo?

La religion de los hombres estaba convertida en un panteismo desconsolador.

Hasta los animales mas inmundos y hasta los vicios mas degradantes eran adorados como otros tantos Dioses en los altares paganos.

Roma por su parte los habia acogido como suyos, y les habia elevado los mas suntuosos templos.

Los vínculos de la familia estaban rotos; por mejor decir, no habia familia.

La mujer era esclava del hombre y esclava de sus propias pasiones á la vez.

Todavía no habia venido Mesalina al mundo; pero habia habido una Aspasia en Atenas y una Cleopatra en Egipto.

Las leyes no amparaban ni favorecian á la mujer.

En el matrimonio su condicion era infeliz; la mujer era una propiedad del marido que podia tener muchas á la vez.

El marido las heredaba: ellas no podian heredar al marido.

Se conocia que el hombre era el mas fuerte, y que la debilidad, la inocencia y la belleza no estaban todavia bajo el amparo de la civilizacion humana.

La debilidad gemia entónces en la tierra: la fuerza imperaba: la verdad estaba oscurecida: la conciencia, extraviada: la voz de la justicia, sin eco y sin dominio en el mundo.

¿Qué destino entónces aguardaba á los hombres?

¿De dónde iba á venir para los esclavos el beneficio de la libertad, para los débiles, para los oprimidos, para los menesterosos

de la tierra, el don precioso de la igualdad?

Tendamos la vista hácia el Oriente: de allá viene la luz de la verdad, de allá viene el imperio de la justicia, de allá viene la doctrina generosa de la fraternidad de las razas y de la hermandad de los hombres.

II.

¿Qué hay de nuevo en la tierra?

¿Por qué Herodes el Grande manda la degollacion de todos los recién nacidos hasta dos años de edad, en la tierra de Judea, en donde gobierna á nombre del César romano?

Dicen que ha nacido en Betleem, un niño que se dice *Hijo de Dios*, y cuyo nacimiento está anunciado por los Profetas.

Señales milagrosas vienen á comprobar la verdad del anuncio.

Tres pastores de la montaña y tres Reyes de Oriente, guiados á Betleem por una estrella, adoran á aquel niño que ha tenido por lecho un establo y que tendrá por sepultura el hueco de una piedra.

La palmera á que la madre entrelaza sus brazos en medio de las angustias del parto, ha florecido.

Herodes ha consultado á los sacerdotes, y no tiene duda de que el recién nacido es el Mesias.

Teme entónces ver en él un nuevo Macabeo funesto á Roma, y hace promulgar su cruel edicto.

Para librarse de él, José, esposo de Maria, esta y Jesus, su hijo, salen presurosos de Judea y toman el camino del Egipto.

Después de tres años de permanencia en Menfis, la familia santa vuelve del destierro; pero como Archelao ha sucedido á Herodes el Grande en el gobierno de Jerusalem, teme ir á allí y vá á establecerse en Nazaret.

III.

Tiberio se halla á la cabeza del imperio.

Atento el oido á presagios siniestros, el tirano sombrío abandona á Roma y fija para siempre su residencia en Caprea.

Hácia esta época, y después de recibir sobre su cabeza el agua del Jordan, es cuando Jesus de Nazaret empieza la predicacion de su doctrina.

El Maestro tiene discipulos, que ha escogido él mismo de entre los hombres del pueblo, y que siguen sus pasos, lleno el corazón de confianza y de fé.

Por donde quiera que pase Jesus, quedan señales imborrables de su tránsito.

En Cafarnum, su pueblo predilecto, hace milagros que llenan de asombro á la multitud.

Ya calma el mar con una sola palabra: *tranquilízate*; ya impone su dominio á la muerte, arrancando de sus brazos á la hija de Jairo.

Toda la Galilea recibe pruebas de la divinidad del hijo de Maria.

Cada página de la vida de Jesus, es un beneficio hecho á la humanidad.

Cura toda clase de enfermedades, dá vista á los ciegos, movimiento á los paralíticos, y desde la Galilea hasta el otro lado del Jordan, esparce sus beneficios sobre los desgraciados que esperan en él.

Cuando Jesus hubo patentizado de esta manera la divinidad de su mision en la tierra, subió á la montaña y explicó su doctrina al pueblo innumerable que lo habia seguido á la cumbre del Tabor.

¿Qué habia enseñado á aquella multitud el hijo de Maria?

Habia enseñado á los desgraciados á esperar; habia dicho que la venganza era un crimen, y el perdón una virtud; que el odio no produce sino el odio, y que el amor al prójimo debia de estenderse hasta el olvido de las ofensas y hasta el bien de los que nos aborrecen.

Habia enseñado á los hombres una doctrina desconocida de amor y de caridad, cuyo triunfo sobre los pueblos debía mas tarde poner fin al reinado de la fuerza y de la injusticia.

IV.

Los milagros de Jesus, el ascendiente sobre todo de su doctrina en aquella muchedumbre desgraciada del pueblo judío que esperaba un redentor, alarmaron á los fariseos que vivian del sudor de los pobres y á los herodianos, que creian ver un enemigo peligroso del César en aquel reformador que se llamaba Rey de los Judíos.

Herodianos y fariseos participando, pues, de esos temores, concibieron el pensamiento de hacer morir al que estos últimos llamaban *rebelde* y los primeros *blasfemo*.

El gran sacerdote Caifás estaba de su parte y les prometia la muerte de Jesus.

Jesus, que estaba en Efren esperando la hora de su martirio, vió que esa hora habia llegado, y tomó con sus discipulos el camino de Jerusalem.

La Ciudad de David los recibió con palmas y con aclamaciones de alabanza.

Una multitud inmensa seguía al hijo de María en su tránsito por las calles de Jerusalén, glorificando como á su salvador al mismo á quien seis días después, debía imponerle un afrentoso martirio.

¡Veledades indignas de los pueblos que olvidan siempre pronto los beneficios que reciben, y que condenan hoy al mismo á quien rendían adoraciones entusiastas ayer!

Así son las muchedumbres de todas partes y de todos los siglos, con los que sacrifican sus días al alivio de sus miserias y de las injusticias que soportan: los llenan de escarnios, los hacen beber hasta las heces el caliz del desengaño, los arrastran á los patibulos, azotados y maldecidos, y, cuando abren una fosa á las víctimas, todavía escupen la tierra y dejan sobre ella las señales de su injusticia!

Pero las ingratitudes y las violencias se pagan en la tierra, y estaba escrito que de Jerusalén no había de quedar piedra sobre piedra, y que sus hijos andarían errantes, y dispersos por toda la superficie del globo hasta que se consumase la última hora de los tiempos.

V.

Jesús había predicho que uno de sus discípulos lo vendería.

Así como hay ingratos, también hay traidores en el mundo.

Ese discípulo era Judas.

Judas acababa de vender á su Maestro, por unas cuantas monedas, al Consejo de Sacerdotes y ancianos, enemigos de Jesús é interesados en su muerte.

Un beso debía ser la señal de la traición.

A pocos pasos del palacio de Caifás, Jesús velaba en medio sus discípulos tranquilamente dormidos.

Solo Juan, Pedro y Santiago acababan de ser despertados por su Maestro que les anunciaba que iba á tener lugar su prisión en aquella misma noche.

Con efecto, pocos momentos después, Judas á la cabeza de veinte soldados se presentaba en medio de ellos, y entregaba la víctima con la señal de la traición convenida ante Caifás.

Los soldados habían preguntado por Jesús, y Jesús adelantándose con mirada serena había dicho á los soldados: *Jesús de Nazaret, soy yo!*

Estas palabras eran sencillas; pero su poder era inmenso: al oírlas, todos aquellos hombres heridos por el rayo, habían caído postrados en tierra.

Al salir de su estupor, acometieron á Jesús que se les presentaba tranquilo y sin ánimo de resistencia; lo estropearon con sus armas y después lo ataron con sus cuerdas:

«Pusieron al rededor del cuello y del cuerpo de la víctima un collar y un cinturón, cubiertos de clavos unidos por dos correas que se cruzaban sobre su pecho y que también estaban cubiertas de clavos. «Luego á estas correas, á este collar y á este cinturón ataron cuatro cuerdas, por medio de las cuales no solo tenían encadenado á Jesús sino que también le tiraban hacia adelante ó hacia atrás, hacia la izquierda ó hacia la derecha, según su capricho.»

Asegurado y martirizado de este modo,

Jesús fué conducido por el decurion y los soldados á casa de Caifás.

VI.

Las primeras informaciones del proceso de Jesús, debían de ser hechas por Anas, especie de Juez instructor, á presencia del cual tenían que ir todos los acusados que dependían del gran Sacerdote para sufrir los interrogatorios que aquel les hacía.

Anas no estaba menos animado de odio contra el Nazareno, que su yerno Caifás.

El acusado se presentó ante el suegro del gran Sacerdote: estaba todo cubierto de heridas y de sangre: había caído siete veces en su tránsito hasta el palacio de Anas y débil como estaba apenas podía tenerse en pie.

Anas lo interrogó; decimos mal: lanzó sobre Jesús una serie de acusaciones infundadas y de insultos groseros, que el mártir escuchó con el silencio de la resignación y de la tristeza á la vez.

Cuando todo aquel torrente de injurias se hubo calmado, Jesús respondió con dulzura y apeló al testimonio mismo de la muchedumbre enfurecida que le rodeaba.

La palabra de la víctima, dulce é inofensiva como era, provocó la ira de un soldado, quien le descargó sobre la boca un terrible golpe con el pomo de su espada, echándolo á rodar bañado en sangre.

En medio de los murmullos de indignación de unos, y de los ultrajes de otros, Jesús se levantó:

Si he hablado mal, dijo, mostradme en que; si he hablado bien, ¿por qué me hieres?

«¿Cuántos como él han podido decir antes y después otro tanto!

«¿Cuántos como él, maltratados y escarnecidos por haber dicho la verdad, pueden hacer á sus verdugos ó á sus perseguidores, tan légitima reconvencción!

VII.

El primer paso hacia el Calvario estaba dado.

Jesús fué conducido al palacio de Caifás.

El Gran Consejo estaba reunido y esperaba impaciente al acusado.

Este se presentó con la caña que Anas había puesto en sus manos para escarnio.

Caifás empezó entonces una serie de acusaciones contra Jesús, instruyendo el proceso con las formas de la ley reclamadas por Nicodemo y por José de Arimatías, miembros ambos del Consejo.

No faltaron, como no faltan jamás, en la causa del justo testigos falsos que depusieron contra Jesús y que dieron al Gran Sacerdote las pruebas que necesitaba para pronunciar su fallo.

Y este fué pronunciado por Caifás, cuando conjurando á Jesús para que declarase si era el Hijo del Dios verdadero, este le respondió: *Tú lo dices, Caifás.*

Jesús de Nazaret fué entonces condenado á la pena de muerte como impostor, blasfemo y falso profeta.

Al día siguiente la sentencia fué confirmada y el condenado conducido á casa de Pilatos.

Después de la conquista de la Judea, solo el gobernador romano tenía el derecho de firmar las sentencias capitales.

VIII.

Esto explica la razón porque Jesús era llevado á casa del Pretor.

Pilatos interrogó á Jesús con dulzura y oyó á los acusadores con desconfianza.

En el fondo de su conciencia, el servidor de César no encontraba nada que reprochar á aquel cuyas principales acusaciones consistían en haber hecho beneficios á la humanidad.

Este hombre está inocente, repetía Pilatos á aquella multitud sedienta de injusticia, y mientras mas preguntas hacía al acusado, mas profundo era el convencimiento que tenía de la inculpabilidad de la víctima.

Pero Pilatos, como muchos hombres rectos, no tenía el coraje de su rectitud, y se sentía sin fuerzas para escudar la inocencia con su poder, cuando lo había hecho apenas con su palabra.

No se atrevía, pues, á tomar de frente la defensa del acusado, y lo dejaba expuesto á la venganza popular que lo reclamaba.

Así fué que aprovechando la circunstancia de que Jesús era Galileo, declaró á la muchedumbre que su juicio no le competía, y que debía ser conducido á presencia de Herodes Antipas.

IX.

Jesús fué llevado á casa de aquel nuevo Juez, tan brutal é inhumano como Caifás.

Ni una palabra mereció el tetrarca de la Galilea de la boca del acusado.

El labio de este no se movió ni para contestar á un cargo, ni una injuria.

Era la primera vez que el Cristo guardaba silencio, y que su mirada y su actitud eran severas.

Aquel juez quizá le repugnaba.

Herodes era el tipo de los jueces inhumanos y corrompidos.

La muerte del acusado no quedaba decidida ante aquel tribunal.

Era preciso hacer mas largo el camino del suplicio, y Jesús, por mandato del tetrarca, fué arrastrado nuevamente á casa de Pilatos.

X.

Creíase libre el Pretor de toda ingerencia en aquel proceso.

Pero se engañaba: estaba escrito que él había de ser el que pusiese su firma al pie de la sentencia que condenaba al Hijo de Dios á una afrentosa muerte.

Pilatos quiso escusarse nuevamente; ya no era posible; el desenfreno de la multitud había llegado á su colmo.

Tentó, sin embargo, calmar el furor popular con la flajelación de Jesús, y escribió sobre un papiro la sentencia siguiente:

Despojad, atad y azotad con varas á Jesús de Nazaret, por sedicioso y menospreciador de la ley de Moisés, acusado por los sacerdotes y principes de la nación.

Lictor, vé y entrega las varas.

Jesús fué flajelado con crueldad y todo su cuerpo era una llaga.

El último golpe lo recibió en la cara, y cayó al suelo casi desmayado en medio de los ultrajes de la multitud.

Los labios del mártir no se desplegaron para maldecir.

El dolor no arrancó de su pecho sino estas palabras de sublime caridad:

Perdonadles, padre mio, no saben lo que hacen!

El castigo no había aplacado el furor popular.

Y la muchedumbre deseosa del sacrificio de Jesus no cesaba de gritar:

¡Crucifícadle! ¡Crucifícadle!

Pilatos tuvo miedo; pero tentó aun el último recurso.

Era costumbre que el gobernador romano entregase en la Pascua un condenado á muerte á los judíos, y con este motivo Pilatos dió á escoger al pueblo entre Jesus y un asesino.

El pueblo condenó á Jesus y salvó al asesino.

Morirá, dijo Pilatos, pero que su sangre caiga sobre vuestras cabezas!

Y despues de lavarse las manos á vista del pueblo, escribió la sentencia del Justo concebida en estos términos:

Conducid al lugar ordinario de las ejecuciones á Jesus de Nazaret, perturbador de la sociedad, menospreciador de la autoridad del César, falso Mesías, como ha sido probado por la mayoría de la población; y en irrisión de la autoridad real crucifícadle entre dos ladrones.

Lictor, vé y expide las cruces.

XI.

Al salir del Pretorio, Jesus se arrodilló delante de la cruz en que iba á espíar los pecados de la humanidad, y estampó tres veces sus labios en ella.

Colocado el madero sobre sus hombros, tomó la dirección del lugar del suplicio.

A los ochenta pasos, le faltaron las fuerzas y cayó.

Tenia que andar mil doscientos cuarenta y un pasos todavía, y rodar por el suelo antes de llegar al Gólgota seis veces más!

En la cumbre de la montaña, Jesus fué puesto sobre la Cruz, y clavados en ella sus manos y sus pies:

«Siete ú ocho arqueros se reunieron para levantarla, los otros mantenían su estremó sobre el borde del hoyo. A medida que se levantaba la cruz y los brazos de los hombres eran demasiado cortos para sostenerla, la apuntalaban con palos y lanzas: llegada á una posición casi perpendicular, la cruz cayó con un fuerte golpe en el hoyo que tenía tres pies de profundidad.

«La sacudida fué terrible: Jesus arrojó un nuevo grito de dolor; sus huesos dislocados se golpearon unos con otros, se agrandaron sus heridas, y su sangre casi contenida hasta entonces por la presión de las cuerdas, empezó á verter abundantemente.

«Hubo un momento de silencio: quejas de Jesus, gemidos de su madre, insultos de los verdugos, imprecaciones de los fariseos, trompetas del templo, todo, todo calló!

«Jesus acababa de pronunciar casi en secreto estas palabras:

«Perdonadles, padre mio, no saben lo que hacen!»

«Repentinamente, la naturaleza entera

«se calló y se oyó la voz del mártir que arrojaba esta gran exclamación, que ha llegado hasta nosotros á través de los siglos:

«¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿porqué me habéis abandonado?....»

XII.

El sacrificio de Jesus no ha sido estéril para la humanidad.

La sangre del Calvario ha redimido al hombre de su cautiverio, y conquistado para el mundo el beneficio de la libertad y de la justicia.

Han transcurrido diez y nueve siglos desde la hora en que la voz del Redentor de los hombres, se apagó en el Gólgota, y desde ese día ha hecho larguísimas jornadas el género humano en la senda escabrosa de la civilización.

La doctrina del Cristo, triunfante hoy en la tierra de la persecución de los tiranos, de los ataques de la impiedad y del desfreno de las pasiones, es la prueba más acabada de su origen, divino, y el comprobante más victorioso de autoridad que puede ofrecer esta hermosa y sencilla religión que profesamos.

La cruz es el símbolo de la justicia, de la libertad y de la civilización de los pueblos, entre los cuales no perecerá jamás su imperio.

Evaristo Carriego.

La pasión de Jesus.

Uno de los más profundos y sublimes misterios en que Dios ha encerrado toda su sabiduría, es el misterio de los sufrimientos y de la muerte del Salvador.

Ese misterio cambió la faz del Universo, estableció el triunfo de la virtud sobre el vicio, el de la moral sobre la corrupción; satisfizo la justicia de Dios, conquistó derechos para el hombre, abrió el cielo, pacificó la tierra y desarmó el infierno.

De él nació nuestra Santa Religión; nació de él el verdadero culto y la verdad espléndida y pura.

Allí nació la igualdad para el hombre, nació la libertad, nació el derecho.

Tributémosle un momento la ferviente alabanza de nuestro reconocimiento.

El que vino á redimir á la humanidad, el que vino á predicar á los hombres la doctrina generosa de la fraternidad, el que vino á enseñar la humildad, la mansedumbre, el perdón, muere en un infame patíbulo como el más perverso de los hombres.

El instrumento de su muerte se convirtió desde entonces en el símbolo de nuestra Redención.

La Pasión de Jesus debe ser el objeto de la constante meditación del cristiano, y el primer anhelo de su estudio religioso.

Sigamos los pasos del Salvador.

Acompañémosle en ese camino lleno de oprobios y de sufrimientos que recorre gustoso por la salvación del género humano.

Sigámosle.

I.

JESUS VA AL MONTE DE LOS OLIVOS.

Este primer paso del Salvador hacia el Huerto, es el primer paso que le acerca al Calvario.

Conoce que la hora del sacrificio se aproxima, y sale de Jerusalem acompañado de sus discípulos, abandonando á los judíos á su torpe y voluntaria ceguera.

Sus pasos lo llevan hacia el torrente Cedron, testigo de los delitos más atroces, y augurio del torrente de penas, de crueldades y de ultrajes que había de sufrir bien pronto.

Dirige sus pasos al Monte de los Olivos, que es llamado con justicia la montaña de la misericordia, como es símbolo de esta alta virtud el aceite que se destila de sus frutos.

En el camino se detiene á orar en el jardín de Gethsemani; porque, si en un jardín tuvo principio la esclavitud de la humanidad en el pecado de Adán, en otro jardín debía tener principio su redención en el martirio de Jesus.

El vá á espirar en un jardín con su obediencia y sumisión, la desobediencia y la rebelión de que Adán se había hecho culpable en otro jardín semejante.

Allí fué cometido el pecado; aquí fué reparado.

Allí fué perdida la humanidad, precipitada en el hondo abismo del mal; aquí fué rescatada, vuelta al verdadero camino de la felicidad eterna, arrebatada al poder de su enemigo—redimida.

Sus oraciones son por la salvación del género humano; su alma rebozada en una profunda y verdadera tristeza, *estaba triste hasta la muerte*, según las mismas palabras del Salvador, porque presentía el inagotable raudal de injurias y de tormentos de que iba á ser víctima.

Habría caído postrado bajo la inmensidad de su dolor, si su virtud divina no hubiera socorrido su debilidad humana.

Lo afligía la magnitud de sus próximos sufrimientos, pero le daban fuerza para soportarlos su virtud celestial, y la persuasión de su fin santo, sublime y divino.

La humanidad había por segunda vez el camino del Monte de los Olivos.

La primera en la persona del Santo Rey David, arrojado de Jerusalem por la ingratitud y la rebelión de su hijo, y subiendo esa escarpada montaña con los pies descalzos y la cabeza descubierta para adorar á Dios.

La segunda en Jesus, arrojado por la ingratitud y la rebelión del género humano, llegando al mismo lugar á rogar al Padre por la redención de los hombres que habían de sacrificarlo bien pronto.

Dejémosle orar.

II.

JUDAS EN EL HUERTO.

Jesus está orando; pero su oración Santa es interrumpida por el tropel de una soldadesca vil, seguida de una turba sacrílega compuesta de príncipes de los Sacerdotes, Doctores de la Ley, senadores, magistrados del Pueblo, que querían darse el bárbaro placer de presenciar por sí mismos la captura del Salvador.

Amos corrompidos de sus esclavos viles, eran á su vez pobres esclavos de sus miserables pasiones, y no desdenaban ni aun el oficio infame de verdugos.

A la cabeza de esa turba inicua, dirigién-

dola, guiándola á la realizacion de su proyecto infame, venia Judas, el discípulo de ayer convertido en enemigo de hoy, el traidor que acababa de prometer por un miserable puñado de oro, la entrega de su divino Maestro.

Judas el traidor, el desleal, el infame, el delator, fué el miserable instrumento del crimen para castigar la Justicia.

Desde entónces los delatores y los traidores son la clase mas despreciada y aborrecida de la sociedad.

Judas, la encarnacion del mal, la última espresion del crimen, fué el primer signo de perdicion, se dió á sí mismo el pronto castigo de su accion inícuo y su memoria fué entregada al desprecio y la condenacion de los siglos, á la execracion de las generaciones futuras.

Mil generaciones han pasado maldiciéndolo; mil generaciones vendrán á maldecirlo de nuevo.

Ese es el premio que la Justicia Divina y la humana acuerdan á los delatores y á los traidores.

Judas de pié delante del Salvador, decuya boca habia oido tantas y tan sanas doctrinas, no le conoce ahora; y le pregunta por Jesus de Nazaret.

Su Redentor estaba allí; su Maestro estaba presente y el traidor no lo veia; su ceguera fué un presagio cierto de la ceguera del pueblo Judáico.

Hace 18 siglos que viene peregrinando sobre la tierra, disperso, ciego, sin poder ver á Jesus.

A quien buscas soy yo, dijo Jesus adelantándose hácia sus perseguidores, con la soberanía de un Dios, aunque con dulzura y con modestia; y Judas progresando en su maldad, reúne la impiedad y la hipocresía á la ingratitud y la perfidia.

La avaricia lo cegaba, y perdida su fé, creia engañar al Salvador ocultándole sus perniciosos designios y la perfidia de su abominable accion bajo una capa de aparente afecto, y se le acerca con fingido cariño, con tranquilidad hipócrita diciéndole estas palabras que los Evangelistas han conservado para baldon de traidores: *Maestro, yo os saludo*; y al mismo tiempo le dá el beso de paz y de amistad, que era allí el signo del oprobio, el sello de la mas abominable de las traiciones.

Ese ósculo traidor estampado pérfidamente en la mejilla del Redentor del Mundo, resuena todavía al través de los siglos como el clamor de los réprobos, como el grito de los condenados.

El traidor estaba allí, la traicion estaba descubierta, y Jesus no tiene para él una palabra, una mirada siquiera de severidad ni de amenaza; y con una voz llena de dulzura y de amor le dá el título de *amigo*, confundiendo al pérfido con la santidad de su conducta.

Pero nada hace impresion en el corazon corrompido del traidor, su maldad estaba figurada y predicha por la Escritura en la accion del primer Cain, sacrificando bárbaramente á su hermano á su odio y crueldad inaudita.

Ese beso de Judas fué el primero y uno de los mas crueles golpes que recibió Jesus.

III.

TRIBUNAL DE CAIFÁS.

El sacrificio de Jesus fué tanto mas eficaz para la humanidad, cuanto con mas voluntad se consumó de parte del Salvador.

La hora de la predicacion habia concluido.

La ceremonia sangrienta daba principio.

Jesus, solo, desamparado aun de los mismos que lo habian acompañado hasta aquel fatal momento, es el blanco de las injurias, y de las mas abominables acciones de parte de sus verdugos.

Sus brazos fueron ligados fuertemente, su cuello y su cintura se oprimian bajo el peso de terribles cadenas, que destinadas á levantar las puertas de los lóbregos calabozos, servian ahora para aprisionar ahora al hijo de Dios, y despertar con su ruido la curiosidad del pueblo deicida.

Seguido de un cortejo de amos furiosos y de esclavos viles, fué llevado á la presencia de Anas, hombre vengativo y cruel, soberbio y avariento, quien mandó al augusto cautivo ante el tribunal de Caifás, su digao yerno, en cuya casa se hallaba reunido el gran consejo que esperaba en sesion permanente el resultado de la inícuo expedicion de Judas.

La inocencia de Jesus estaba manifiesta; pero la asamblea se componia de crueles verdugos, que bajo la toga del magistrado ocultaban su rabia y su furor, su infamia y su injusticia.

Al centro de aquel corrompido tribunal se lanzó el envilecido Malcho y descargó una feroz bofetada sobre el rostro del Salvador.

La risa en aplauso de esta accion brutal, de este insulto atroz, de esta afrenta indigna, resonó por todas partes entre la algazara y la grito de los Fariseos.

El odio reconocido y mal disimulado de Caifás, habia enardecido la insolencia de la muchedumbre.

La inocencia de Jesus estaba manifiesta revelada estaba en todas sus palabras su divinidad y su sabiduria: pero el perverso pontífice dominado por la furia, le acusa á gritos de blasfemias, rasga sus vestidos, arroja al suelo y pisotea sus insignias sacerdotales, y anuncia que no hay necesidad de mas prueba ni de mas testigos para condenarle.

A sus gritos enfurecidos, aquella asamblea movida por el odio, guiada por el error, se pone de pié unánimemente y esclama: *Si, sí, digno es de muerte*.

Esta primera sentencia fué dictada por el odio, y sancionada por la abyeccion mas degradante.

La sagrada víctima fué entonces entregada al cuidado de una soldadesca desenfrenada, que ejerció en él cuanto el odio, la insolencia y el crimen pueden inventar de mas cruel y abominable.

Sus ojos fueron vendados con un asqueroso lienzo; y en ese estado repetian á porfía sus golpes, sus burlas atroces y sus horribles blasfemias. Su rostro fué abofeteado y escupido, su cuerpo fué acardenalado con furiosos golpes, esa turba sacrilega cada vez mas rabiosa le ultrajaba y escarnecía.

El populacho grosero hostigado por los principales autores del crimen, concurría ansioso á ultrajarle, maltratarle é injuriarle por todos los medios que puede inspirar el envilecimiento y la rabia.

El hijo de Dios, es vil y cruelmente tratado por los mas inícuos y perversos de los hijos de los hombres.

IV.

NEGACION DE SAN PEDRO.

«El hombre no tiene por sí mismo mas que el poder de perderse; solo en Dios está su fuerza, su poder, su sosten y su apoyo.»

Esta importante verdad es el fundamento de la moral cristiana, y una leccion que Dios ofreció á la humanidad por medio de los Profetas.

Y esto es lo que quiso Jesus enseñar nuevamente al género humano, permitiendo que San Pedro le negara amedrentado por el peligro, acobardado por la presencia de los verdugos.

Las acusaciones de los criados de Caifás llamándole discípulo del Nazareno le turban, y jura no conocer á Jesus. Las acusaciones se repiten y él finje el disgusto, el desprecio, la cólera, repitiendo muchas veces que él no le conoce.

La prediccion de Jesus estaba cumplida al pié de la letra: habia anunciado que antes que el gallo cantara una vez, Pedro le negaria tres veces.

Era la media noche.

El gallo cantó; y Pedro volvió entonces de su profundo letargo y se horrorizó al reflexionar sobre lo que acababa de decir.

Dominado por un terror pánico habia hecho abnegacion del título de cristiano, habia abjurado la verdadera doctrina y olvidado la fé de Jesucristo.

Pero esa debilidad de San Pedro es la debilidad de la humana raza cuando no tiene á Dios en su sosten. Esta humillacion fué para el Divino Maestro mas cruel que todas las afrentas y todas las ignominias que sufria en aquellos momentos y miró á Pedro con ojos de piedad y de misericordia.

Esa mirada trajo el arrepentimiento sincero, la conversion, la salvacion del que acababa de negar á su Dios.

V.

SU PENITENCIA.

El Apóstol se abruma en reflexiones que le ponen de manifiesto la enormidad de su falta.

Su dolor es mudo, porque es grande; solo sus lágrimas son el signo exterior de su dolor interior, y sin solicitar el perdón, lo merece y lo obtiene.

Lloró amargamente, porque en aquel momento empezó á amar verdaderamente.

El que negó á su Dios á las sombras siniestras de la casa de Caifás, lo confesó despues públicamente en la plaza de Jerusalem.

Lo que negó ante la muchedumbre de los esclavos, lo confesó en presencia del Pontífice y de su corte,

Tembló ante los primeros.

Y enrostró con firmeza su obstinación, su iniquidad y su crimen á los segundos.

Tímido, débil y cobarde un momento, la gracia lo convierte en valeroso, fuerte, intrépido y decidido.

Jerusalén no fué ya solo el testigo de su verdadera conversión. De Jerusalén vino á Roma á predicar la santa doctrina, y de Roma, su palabra se extendió por todo el mundo.

Su debilidad de un momento fué reparada con una vida entera de consagración y perseverancia, de fatigas, de sufrimientos y persecuciones.

VI.

PILATOS.

El mundo estaba á la sazón dividido en dos grandes familias; en dos grandes pueblos: Judío y Gentil.

El Sanedrín que acababa de condenar á Jesús representaba al Pueblo Judío con todos sus errores, su ceguera y sus vicios.

El Senado de Roma representaba al Pueblo Gentil, con toda su falsedad, su inmoralidad y su corrupción.

Los dos Pueblos iban á ser redimidos, los dos debían concurrir juntos al sacrificio del Redentor.

Esto estaba predicho; la profecía debía cumplirse, y se cumplió efectivamente.

El Sanedrín después de su sentencia, cita á Jesús al tribunal de Pilatos, Gobernador Romano, representante del César, Jefe de la idolatría.

Herodes y Caifás, Tiberio y Pilatos, los representantes de los dos mas grandes errores de la humanidad, sacrificando juntos al que venia á lavar con su sangre esos errores.

Pilatos, aunque gentil, era menos orgulloso, menos cruel, menos déspota que los impíos acusadores de Jesús.

El Magistrado idólatra era mas recto y mas íntegro que los Magistrados Judíos.

Fué débil en presencia del populacho irritado, fué injusto en presencia de la indignación, fué cruel en presencia de las furias, fué ciego por la superstición de su vida.

VII.

LA FLAJELACION Y CORONACION DE ESPINAS.

Una multitud exasperada y amenazante rodeaba el Pretorio, y allí, de pie ante sus acusadores injustos, se levantaba la imponente figura del Salvador, con las manos atadas, flotante su rubia cabellera, tranquila y dulce su mirada, espresando en su semblante la resignación, y la conmiseración y lástima que le inspira aquella muchedumbre obcecada y ciega.

Un bárbaro sentimiento de cruel compasión animaba á Pilatos.

Creía poder salvar la vida del justo; no hallaba culpable al acusado, y para acallar las exigencias de aquel populacho rabioso lo condenó al infame y bárbaro suplicio de los azotes.

Las espaldas del Divino Maestro fueron descubiertas por aquellas manos sacrílegas, y amarrado á una de las columnas del Pre-

torio, sufrió el bárbaro tormento á que había sido cruelmente condenado, en medio de las vociferaciones y de los gritos de una multitud, cuyo enojo escitaban pérfidamente los fariseos.

Los hijos de los hombres flajelando al hijo de Dios!

La iniquidad humana escarneciendo la virtud Divina!

La humanidad destilando á torrentes sobre las espaldas del Salvador todo el veneno de sus entrañas!

La atrocidad del martirio agotó las fuerzas de Jesús.

Sonrió benignamente, arrojó sobre aquellos furiosos una mirada de resignación angelical, y dejó caer su cabeza desmayada sobre su hombro izquierdo: sus rodillas se doblaron, y sin las fuertes ligaduras que le sujetaban á la columna su cuerpo habría caído á tierra.

Pilatos creyó así satisfecho el furor de los verdugos, mandó soltar las ligaduras y presentó su cuerpo magullado por la flagelación, destrozado por los azotes, diciendo á la multitud: *Ecce Homo—He ahí el hombre!*—palabras inspiradas que encerraban una alta proclamación que el ciego populacho Judío no comprendió; y esa multitud cuya rabia crece, cuya furia se redobla á la imaginada resistencia de Pilatos, prorrumpe en horribles imprecaciones, pide nuevamente la muerte de Jesús gritando: *Crucifícadle! Crucifícadle!*

Los soldados del Pretorio se apoderaron de él, y no siendo bastante á aplacar su furia la vista de las llagas abiertas por las varas de los verdugos, le despojan segunda vez de sus vestidos adheridos á su carne viva, y sentándole sobre una piedra le escarnecen dándole irrisoriamente el título de *Rey de los Judíos*.

La crueldad es inagotable cuando se trata de egerecerla con todo su rigor.

La fiera de los verdugos no tiene límites.

La flagelación no es bastante martirio. Unen y entretajan varias ramas de juncos marizcos, haciendo con ellas una corona que colocan como signo de oprobio sobre la frente del Salvador, destrozada por la multitud de espinas sólidas y agudas.

Las escenas de las bofetadas se repiten, arrojándole á la cara su saliva impura en medio de la grita y del barullo.

Estos actos de ferocidad inaudita no habían tenido ejemplo hasta entonces.

Ese hombre flagelado, coronado de espinas, abofeteado, escupido, escarnecido por un Pueblo, era el Dios de nuestra salvación.

VIII.

LA SENTENCIA DE MUERTE.

La verdad tiene en el mundo tres grandes y terribles enemigos:

La persecución,

El desprecio,

El sacrificio.

La causa de Jesús había sido vista en tres tribunales diferentes:

En el de Caifás; y la verdad fué perseguida.

En el de Herodes; y fué despreciada.

En el de Pilatos; y fué sacrificada.

Se habían empleado todos los recursos para arrancar á este último Tribunal la condenación de Jesús; se había empleado la calumnia infame, la mentira hiriente, la acusación torpe, la amenaza imponente, el rigor cruel, y no habiéndose obtenido lo que se deseaba, se toca el último extremo; se organiza la sedición.

Ante esta amenaza cede toda resistencia.

Pilatos, entrega á Jesús para ser conducido á la muerte, y efectúa al mismo tiempo aquella ceremonia misteriosa y nueva de lavarse las manos en presencia del Pueblo, diciendo en alta voz: *Sabed, judíos, que yo me declaro inocente de la sangre de este justo; es negocio vuestro, y vosotros responderéis un día de la iniquidad que cometeis hoy mismo.*

Y el Pueblo, mezclada la alegría que lo enloquece á la rabia que lo ciega, prorrumpe en gritos diciendo: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!*

Con este voto perverso, con esta imprecación impia, el Pueblo Judío aceptó para sí y para sus descendientes la responsabilidad del enorme crimen que iba á cometer.

Este voto sacrilego estampó en su frente, como el sello de la reprobación, esta palabra horrible: *DEICIDA*.

IX.

DESESPERACION DE JUDAS.

Los crueles designios de los fariseos no eran un misterio para Judas, pero solo se penetró claramente de la enormidad de su delito cuando vió cumplida la maldad.

Entonces le desespera la perfidia infernal de su negra ingratitud, la monstruosa fealdad de su traición, la deformidad de su crimen.

Corre y se precipita como un loco en el Templo donde estaban reunidos los Principes de los Sacerdotes y los Escribas, y les arroja á la cara los treinta dineros que había recibido de ellos como precio de su traición, gritándoles con desesperación: *Yo he pecado entregando la sangre inocente del justo.*

Pero ellos le contestan con la indiferencia y el desprecio.

Judas cada vez mas horrorizado de su delito, atraviesa como un loco las calles de Jerusalén, se avergüenza de que le vean los demás hombres, se avergüenza de verse á sí mismo, huye despavorido, pero el recuerdo de su crimen le sigue y le atormenta.

A las puertas de la Ciudad halla un árbol secular cuyos brazos parecían estenderse para agarrar al condenado.

El infierno que llevaba en su alma le sugiere la idea de suicidarse para acabar de una vez con una vida cuyo peso le era ya insostenible.

Se reconoce culpable, y se constituye Juez de sí mismo.

Condena á muerte su perversidad y se declara verdugo y ejecutor de la sentencia.

Desata su cinturón de cuero, lo envuelve á su garganta, lo amarra fuertemente á uno de los gajos del árbol, y colgándose de él se dió la muerte á sí mismo.

Su cuerpo quedó pendiente de aquel árbol como el fruto venenoso de la tierra.

La penitencia ofendió tanto á Dios como el crimen; pero Judas no podía perecer sino por las manos de Judas.

X.

LOS TREINTA DINEROS.

El traidor había arrojado al rostro de los Escribas el precio de su perfidia sacrilega sin retener nada para él.

Ellos lo recogen, pero su hipocresía tiene escrúpulos en meterlo de nuevo en el tesoro del Templo de donde lo habían tomado para comprar la sangre de una víctima divina.

Lo contemplan como ya envilecido, como manchado por la traición y mansillado por el crimen.

Reunidos en consejo deliberan largamente sobre el empleo que debería dársele, y deciden comprar con él un campo situado á la parte opuesta de la montaña de Sion.

Ese campo pertenecía á un alfarero, quien lo cambió por los treinta dineros de Judas, quedando desde luego convertido en Cementería.

Los estúpidos é insensatos sacrificadores cumplían ellos mismos una de las mas terminantes profecías de la Escritura.

Estaba predicha la compra del campo, la cantidad de dinero, y la calidad del poseeder. Todo se cumplió.

Este campo comprado con el valor fijado á un sacrilegio, fué destinado á Campo Santo de pobres.

El Pueblo lo denominó despues con el nombre de *Haceldama*, que quiere decir, Campo de Sangre.

Allí está á las puertas de Jerusalem este público testimonio del crimen, como un inolvidable recuerdo del pasado, como una lección perenne para el porvenir, como una mancha eterna que no han conseguido borrar los siglos, como una inscripción de oprobio, de baldon y de ignominia colocada á las puertas de la Ciudad Deicida.

XI.

EL CAMINO DEL CALVARIO.

El Calvario era el punto donde debían reconciliarse dos Pueblos: el Judío y el Gentil.

Los dos pueblos debían concurrir y concurren juntos.

Los judíos, pidiendo la muerte del Salvador.

Los gentiles, conduciéndolo al sacrificio.

Entre una guardia de soldados del Pretorio, Gentiles, y entre una muchedumbre que arroja furiosos gritos, Judáica, camina el Salvador agoviado bajo el peso del instrumento de su suplicio, y de nuestra Redención.

El infame patíbulo de los esclavos y de los criminales iba á ser ennoblecido, santificado por él.

El Redentor del mundo camina á la consumación del sacrificio.

El son de las lúgubres trompetas anuncia al Pueblo el paso de un condenado; y lo trae á participar de ese triste espectáculo.

Las burlas, el escarnio y los ultrajes se renuevan.

Jesús lo sufre todo con resignación angelical, y sigue tranquilo el paso del Gólgota.

Sus fuerzas le abandonan por momentos; sus espaldas destrozadas no bastan á soportar el peso del terrible madero; la sangre que brota á raudales de sus innumerables heridas, debilita su cuerpo mas y mas; el camino es áspero, pedregoso, y ni pide auxilio, ni pide socorro á nadie.

A pocos pasos de la ciudad desgraciada cayó desvanecido en tierra.

Los verdugos le contemplan postrado, fatigado, rendido, casi espirante, y el exceso de su crueldad les hace temer que muera bajo el enorme peso de la cruz, privándolos del bárbaro placer de crucificarlo.

Lo socorren, no para aliviar su pena, sino para prolongar su suplicio.

Con este cruel propósito detienen un hombre que pasaba á la sazón: le obligan á que ayude á Jesús á llevar la cruz.

El que tuvo esta santa misión se llamaba Simón, que significa *Obediencia*; natural de Cirina, que significa *Herencia*.

Era un pagano, que allí representó los pueblos Gentiles, abandonando sus supersticiones idólatras con *obediencia*, para tener parte en la *herencia* que la humanidad iba á recibir de su Redentor—la salvación.

La muchedumbre que acompañaba á Jesús no se componía solo de soldados crueles y de judíos encolerizados, le seguía también un grupo de mugeres piadosas, llorosas y afligidas á la vista de los tormentos, de los ultrajes y de los dolores de que era víctima.

De ese grupo de mugeres piadosas, se separó por un instante la mujer Verónica, que fué á enjugar el rostro del Salvador cubierto de sudor, de polvo y de saliva.

En medio de los sufrimientos mas atroces, de los dolores mas crueles, de los ultrajes mas bárbaros, llegó Jesús al Monte Calvario.

Hacia ese monte se vuelven de todas partes los ojos de la fé.

Allí sobre ese mismo monte, fué sepultado el cráneo del primer hombre.

De este hecho memorable toma su nombre; y allí, en el mismo lugar, debía ser sacrificado el Salvador.

Las gotas de sangre que habían de derramarse allí, eran destinadas á lavar la fea mancha que estampó á la humanidad la desobediencia del primer hombre.

XII.

JESUS CRUCIFICADO.

La sangre del autor de toda justicia, debía regar el polvo que cubría el autor de todo pecado.

El hijo de Dios no permitió que los hombres le hicieran violencia alguna para ponerlo en la cruz que debía redimir al género humano.

El mismo se coloca de espaldas sobre este tosco leño, y estiendo sus brazos presentando sus manos y sus pies para que lo hieran los clavos.

El tormento atroz dió principio.

Los crueles verdugos se esfuerzan en su inicua tarea; la rabia, el odio, el crimen les

presta su fuerza diabólica y en pocos minutos el cuerpo del Salvador quedó clavado en la cruz y elevada esta sobre la cumbre de aquella árida montaña mostrándose como un signo divino al Mundo Redimido.

Allí pronunció Jesús, olvidando sus propios dolores y el cruel tratamiento de que era víctima, aquellas siete palabras que tan profunda sabiduría, tan sublimes misterios encierran.

Levantó al cielo su rostro divino, sus ojos llenos de lágrimas, su corazón afligido y rogó al padre otra vez mas por el perdón de sus verdugos, por la salvación de aquellos de quienes recibía tan cruel como inmerecida muerte.

De pronto el cielo se oscurece, la tierra tiembla, el sol se eclipsa, el velo del Templo se rasga de alto á bajo, la naturaleza entera aparece muerta, enlutada, triste; el crucificado alza sus ojos al cielo exclamando: *Consummatum est*.

La terrible agonía había concluido.

La humanidad estaba redimida.

Todo se había verificado.

Todo estaba cumplido.

La redención está pagada; la justicia de Dios satisfecha; la reconciliación asegurada.

El perdón estaba conseguido; la mancha está lavada; el cielo está abierto; todo está reparado.

XIII.

LAS TRES CRUCES.

Jesús no solo fué preferido para el sacrificio al mas criminal de los hombres. preferido al perverso Barrabás, sino que fué condenado á morir entre dos ladrones, pretendiendo de este modo hacer mas deshonrosa su muerte, cubriéndola si era posible, de mayor ignominia.

Uno de estos criminales se arrepintió.

El otro murió impenitente.

El sol inclinándose, dirigió la sombra de la cruz y del cuerpo de Jesús sobre la cruz de Dimas, que murió cubierto de esa sombra como de un velo de misericordia.

La sangre que roció á Dimas en el Gólgota le arrancó aquella escamación de profundo arrepentimiento y de verdadera fé en la misericordia Divina: *Señor, acordaos de mí cuando esteis en vuestro reino*.

XIV.

El autor de la vida sufrió una muerte cruel.

Hace 18 siglos que la humanidad viene cosechando los espléndidos resultados de su sacrificio.

La religión, la libertad y la justicia regada con la sangre que se derramó en el Gólgota, obtuvieron desde entonces el imperio del mundo.

El sacrificio de Jesús dió sus resultados.

Tributémosle siquiera un instante la ferviente oración de nuestro reconocimiento.

El luto universal.

¿No ois ese gemido tristísimo que se extiende desde las casas á las calles, de las calles á las plazas, de las plazas á las ciudades, de las ciudades al globo entero que habitamos?

¿No veis cómo la humanidad entera, no obstante sus pesares y sufrimientos, se cubre en estos días de un nuevo luto y se hincha de un dolor tan profundo que la hace olvidar todos sus demás dolores?

¿Qué hay de nuevo?

A pesar nuestro nos detenemos, y por mas arrastrador que sea el impulso que llevamos, no podemos dejar de pararnos, y mirar hacia el pasado.

¿Qué hay? volvemos á repetir.

¿Qué nuevo acontecimiento nos hace olvidar nuestros intereses, nuestras lágrimas, para arrancar de nuestros ojos otras mas ardientes y abrasadoras?

¿Por qué el universo entero se conmueve de un modo extraño en estos días?

¡Ah! Porque ellos son el aniversario de un dolor mas grande que todos los dolores, de un sacrificio mayor que todos los sacrificios juntos y de una muerte que nos ha hecho ver, á todos nosotros, las realidades de esos emblemas ante los que el pueblo escojido caía anodado.

Diez y nueve siglos hace que, en un lugar de la Judea, el Redentor del mundo, despues de haberse abrevado de inmensos dolores, expiró en medio de dos ladrones para levantar á la humanidad de su pestifero lecho de muerte.

Tipo sublime de todas las perfecciones, modelo inimitable del q'sufre, propagador de una divina doctrina á cuyos resplandores marchan y marcharán todas las generaciones, la humanidad no puede cruzar esos dias sin sentirse conmovida profundamente.

Los pueblos oprimidos, levantan sus ojos llorosos á él, porque murió para liberarlos.

Los pueblos le piden fuerzas en la hora de su martirio.

Los esclavos gimiendo entre los hierros que los aherrójan, le envían suspiros de compasion, porque él vino á acabar con la esclavitud.

Los pobres tambien miran hacia el horizonte, porque él tambien vino á consolarlos.

Los desgraciados tambien, porque él vino á traer la felicidad sobre la tierra.

Y como la mayoria de la humanidad se compone de pobres sin pan, de hombres que gimen, todos vuelven sus ojos hacia el modelo sublime que fué levantado en alto para atraer todas las cosas hacia sí.

Detengámonos tambien nosotros.

Sofiquemos todos los resentimientos, ahoguemos, siquiera, por estos dias, todos los pensamientos bajos, para abrir nuestro corazon á esas celestiales emociones que ha hecho brotar en él.

Estámos en los dias inmortales.

Cuando la tierra toda, esperaba gimiendo, el dia de su redencion, alzóse una voz profética en la Judea; era la voz de aquel que venia á padecer y á morir por sus hermanos.

Esa voz resuena todavia: y ella nos pide la fé y la justicia.

Al mismo tiempo ella nos demanda un luto fúnebre en los dias en que fué sofocada

por los hombres que querian ahogar la verdad.

Inclinémonos, pues, con el corazon entristecido ante el recuerdo imborrable de esa fúnebre época, pidiendo á Jesucristo q' ella no pase sin que deje en nuestras almas siquiera sea un destello de sus lecciones y una chispa del amor que él trajo al mundo y de que fué su víctima.

La Semana Santa.

Hay dias cuya santa solemnidad viene á despertar en nuestro corazon el sentimiento mas alto de nuestra existencia, el recuerdo mas misterioso de nuestro origen, la única esperanza de nuestro porvenir.

La religion llama á nuestra memoria con la voz de diez y nueve siglos.

Empieza hoy el gran aniversario de la redencion del hombre.

La raza de Adan ha sembrado la tierra de iniquidades.

Todas las aguas del diluvio no han podido lavar la inmensa mancha de sus delitos.

Solo puede borrarla la sangre de un Dios.

No hay castigo que iguale al crimen y es preciso un sacrificio.

La Justicia pide la expiacion, la misericordia ofrece la víctima.

El mundo está cubierto de oprobio: la víctima ha de ser pura, y la víctima baja del cielo.

Se acerca el gran dia, y entra en Jerusalem el Redentor del mundo.

El pueblo ciego que lo ha de sacrificar, lo recibe con palmas triunfales y con ramos de oliva: tendia sus vestidos por el camino y echaba ramos de árboles y hojas de flores, y lo seguia clamando: ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!

Perodespues lo crucificó.

Uno de sus discipulos lo vende por treinta monedas de plata, y la señal para entregarlo es un beso de paz.

San Pedro le niega tres veces.

Es abofeteado y azotado, escupido y escarnecido.

Ciñen á su cabeza una corona de espinas.

Barrabás es preferido á Jesus.

Lo llevan de casa de Caifás á casa de Pilatos en medio de las injurias de un pueblo frenético.

Al fin lo condenan á muerte.

Colocan en sus hombros el terrible instrumento de su suplicio.

Tres veces besa la tierra agobiado bajo el peso de la cruz.

Sube al Calvario, y sus manos y sus piés son desgarrados por los agudos clavos que lostrapasán.

Asi es suspendido en el aire y colocado entre dos ladrones.

Todavia lo insultan.

Los soldados se juegan su túnica.

Su agonía es lenta.

Se diria que la muerte no se atreve á penetrar en aquel cuerpo sagrado.

Es preciso que aquellos augustos dolores no tengan ejemplo, y hasta el respeto de la muerte es cruel para la víctima.

Tiene sed, y humedecen sus labios moribundos con una esponja empapada en hiel y vinagre.

Parece que la ferocidad humana ha ago-

tado sus terribles recursos en este cruento sacrificio.

¿Qué nuevo suplicio, qué nuevo tormento queda que inventar á la imaginacion mas cruel y mas fecunda!

¿No se cree que la barbarie de los hombres ha llegado á los limites de la perversidad?

Pues sin embargo, hay una gota, la última gota, en el fondo de ese caliz de amargura.

Falta todavia el último ultraje, y la última crueldad.

Lonjinos clava su lanza en el pecho del hijo de Dios y el sacrificio queda consumado.

La razon turbada se detiene en el umbral de este drama sublime, cuyos lugares son la tierra y el cielo, sus personajes Dios y los hombres, su tiempo la eternidad.

Se detiene atónita ante la inmensidad de una misericordia mas grande que el universo.

¿Cómo ha de penetrar el hombre en el recóndito seno de ese amor infinito?

Dios mismo baja á sacrificarse por los hombres—el altar es la tierra y la víctima está sobre el altar.

Ha tomado carne para que sea despedazada, ha tomado sangre para perderla hasta la última gota, se ha hecho hombre para no desperdiciar ni uno siquiera de sus dolores.

Pero ¿quién se atreve á poner sus manos impías sobre este cordero inmaculado?

El aire se perfuma para que él lo respire, la mar se humilla ante su planta, el fuego se oscurece ante sus ojos, la tierra se estremece de dolor al anuncio de su muerte.

¿Qué fiera hambrienta se atreverá á devorarlo?

¿Dónde está el brazo que ha de herir á la víctima?

De la misma raza que ha de ser purificada salen los verdugos.

Este es el misterio que viene á llamar á las puertas de nuestro corazon.

Este es el eco inestinguible que viene de siglo en siglo, de año en año, gritando por todos los ángulos de la tierra: el hombre está redimido.

La Semana Santa es el augusto aniversario de una pasion tremenda, es el recuerdo de nuestra salvacion.

El bullicio de los placeres, huye avergonzado; los vicios se ocultan, las pasiones se amansan y la fé llena los templos.

Parece que se respira una atmósfera mas suave, y que todos los corazones palpitan á la vez oprimidos por el peso de su santa tristeza....

Todo se suspende en estos dias de recogimiento y de tristeza como una señal de luto.

La Iglesia celebra los funerales del Hijo de Dios.

La contemplacion de este santo misterio abisma el espíritu, entristece el corazon, y alienta la esperanza.

Todo lo que pide el Dios crucificado, es arrepentimiento.

Los misterios de la religion cristiana son para los ojos mortales, lo que la luz intensa de medio dia para esas aves que solo pueden ver en la oscuridad de la noche.

Semejantes al sol, todo lo llenan de clari-

dad, sin que sea posible fijar en ellos por mucho tiempo los ojos.

El talento mas poderoso puede ser increíble, pero ¿llegará á serlo nunca un corazón sublime?

¿Cuántas veces los *espíritus fuertes* descubrirán su cabeza ante el sepulcro de un ciudadano que dió su vida para la salvación de su patria!

¿Cuántas veces doblarán la rodilla ante la estatua de un rey que ha salvado á su pueblo á precio de su sangre!

Y sin embargo, no creen que un Dios se sacrifique por la humanidad.

¿Negarán la deuda, porque no hay con qué pagarla?

¿Puede un padre entregar al verdugo su cabeza por salvar la de su hijo, puede una madre dejarse despedazar por no perder el fruto de sus entrañas y no puede Dios derramar su sangre para redimir al mundo?

Pero esto es la continuación del sacrificio.

La pasión no ha concluido.

Los personajes del drama santo prevalecen.

Caitás está todavía entre los hombres.

Pilatos se ha perpetuado.

Judas sigue vendiendo á su maestro, por treinta monedas de plata.

La turba que pide la libertad de Barrabás queda todavía sobre la tierra.

La pasión es la historia de la humanidad.

El mundo es el calvario de la verdad, de la justicia y de la virtud.

Pero así como la sangre del cordero divino no se borrarán jamás de la tierra, la verdad, la justicia y la virtud serán eternas.

Jerusalén! Tú te has estendido por el mundo, pero al llevar tu iniquidad, llevas también la antorcha que ilumina la tierra.

La Cruz se levanta delante de nosotros para guiarnos en esta dolorosa peregrinación.

Ya no es posible perderse sin quererse perder.

La poesía del alma.

Las fuentes de la belleza tienen dos inmensos campos por donde deslizarse. Así como la vida toda del hombre, se consagra á su sensibilidad é inteligencia, á su corazón y á su espíritu, las creaciones del arte, los triunfos del génio y las maravillas de la naturaleza, ó levantan nuestra alma hasta los cielos, ó encienden en nuestro pecho alguna luz sublime.

La poesía, entonces, se encuentra bien dividida, en poesía del alma y poesía del corazón: sin que esta diferencia importe entender sin amar ó amar sin entender: muy al contrario, nada ha creado la imaginación en que el corazón no se halla complacido, ni acariciado este un solo objeto que haya estado oculto á los ojos de aquella. El corazón y la inteligencia son dos fuerzas á cuya armonía ha librado el Hacedor Supremo el porvenir del mundo. Entender y amar son nuestros fines.

Pero si tan grande es la misión del hombre, tan larga la huella de sus inciertos pasos como la cadena de verdades que el porvenir encierra, ¿á dónde iremos á posar

el vuelo de ese espíritu inmortal que nos anima, cuando aturdido al recorrer la tierra quiera escaparse de su estrecha esfera?

Sin duda que, salvando eslabon por eslabon, algunas veces, y otras sin tocar ninguno de ellos, remontaría al último, se elevaría á Dios: él es el creador de todo lo que existe, solo él puede cambiar la inquietud del alma que sin cesar se agita, con la paz de su trono, paz eterna.

Nuestras grandes inspiraciones de allí parten y el corazón como la lira encantadora, tiene una cuerda admirable que á cada pensamiento dispensa sus dulces vibraciones.

No en vano el Salmista tiene asombrado al mundo con su cantar sublime: una luz del cielo derramó en su frente el fuego que ardió en su corazón. Ni es extraño que Job con sus sentidas quejas levante nuestro espíritu hasta Dios: cuando el alma, sin tener ojos para llorar, tiene también sus cántigas y sus sollozos; suspiros y dolores, sus lamentos y sus endechas para responder al corazón.

La poesía del alma, que no habla y que tiene por base el silencio y la soledad, esas creaciones sublimes del génio iluminado por la fé, son tanto mas dignas del ser inteligente, cuando mas se alejan de él; quiero decir: en tanto que se dirigen hacia Dios: y es por esto que la última calificación con que la designamos es la de *divinas*.

Ellas, así como esos fulgorosos planetas que se revuelven armónicamente en la inmensidad del firmamento, arrancando de nosotros una mirada de asombro, tienen algo de material y visible puesto que tienden á identificarse con los objetos del mundo físico, y algo de misterioso y desconocido que solo en un otro mundo verá su realización.

Quien haya visto henderse al sol tras los nevados picos de los Andes, cuando las rosadas nubes se ciernen tranquilas en el azul del cielo esmaltado por sus rayos; quien, después, en el silencio imponente de la noche y colocado en el fondo tenebroso de las gargantas que esta montaña forma por altos promontorios, hubiese contemplado la lenta aparición de la Esposa de Títon que plácida y serena refleja en sus nieves, mientras varios torrentes se despedazan al caer, con ruido estrepitoso, no podrá menos de engrandecer su espíritu, y abrir su corazón á este género sublime de poesía.

Porque el génio aunque es un don de Dios inesplicable, una chispa que arde en todas partes, necesita á la vez, hallarse en presencia de ese inmenso y bello cielo, de esos astros que penden como lámparas eternas; del brillo de esas nieves y de esas altas cumbres, desde donde el águila atrevida alza su vuelo para penetrar en distintas y ver mas otras maravillas.

Es necesario oír la caída del torrente sobre las dispersas rocas para decir que Dios habla en aquella estancia solitaria, y alzar la vista hacia á las escelsas crestas que eternas nieves visten, para decir que Dios puede. Sí, todo esto es menester para proferir con la poesía del alma el himno de alabanzas que toda la naturaleza, muda como es, tributa á su Hacedor desde que le diera el ser.

A medida que el génio se desprende de estas alturas que le sirven como punto de

partida, sobre la naturaleza y se deja llevar por la ansiedad de otras bellezas, el corazón suspende sus latidos para gozar dulcemente: la contemplación domina nuestro espíritu y nos hallamos muy luego en posesión de ese bienestar que se llama la paz del justo.

¡Oh! la paz es uno los dones mas preciosos del bienaventurado y como una condición indispensable para la poesía del espíritu. Por ella nos complacen tanto la soledad y el silencio, y el recuerdo de lo bello no tiene torcedores.

Cantú ha dicho con razón: En toda la literatura del mundo no se encierra la poesía que contienen algunos monumentos de la Iglesia, por que á la verdad, una inspiración celestial les ha iluminado, y aun pudiera decirse que son la palabra de Dios. Sin las formas del arte moderno, sin esos preceptos que el artífice impone á sus obras, mas ó menos sabiamente, se han producido como las fuentes purísimas del desierto, recién salidas del *fiat* admirable de su Creador.

Las locuras del orgullo, desfiguradas con el pomposo nombre de progresos de la filosofía, han llegado á condenar la influencia de la religión, como una traba del desenvolvimiento intelectual, é impuesto, por mejor decirlo, al hombre mismo, el deber de desconocer á Dios para reconocerse á sí: de despreciar la fé en la verdad revelada, para creer solamente en la verdad que inventa; pero una fuerza inesplicable nos arrastra hacia á lo verdadero y á lo bello, y en vano se cavila y miente; es imposible levantar una barrera entre Dios y el hombre, romper los vínculos queridos de la religión y lo que es mas, cegar la fuente de esa poesía sublime de nuestra alma.

Los errores de una falsa ciencia podrán estraviar algunos espíritus convirtiéndolos; pero los encantos de esta sublime poesía, no solo sujetan al espíritu, mas también el corazón: persuaden convenciendo: y son inspiraciones las mas puras de la razón que comprende y del corazón que ama.

E.

A Jesús crucificado.

I.

Ni sol, ni luz: oscuridad y espanto
cubren la faz del consternado mundo;
y el ancha tierra, en rebramar profundo,
con terremoto cruje aterrador.
Su misterioso templo rasga el tiempo;
arroja sus cadáveres la tumba;
y por el aire tenebroso zumba
de sombras mil fatídico clamor.

Desgójense los árboles añosos;
y las rocas durísimas se hienden;
y en su carrera rápida suspenden
estrellas mil y mil, muerta su luz.
¿Será que el orbe se desquicie entero?
¿Torna al lóbrego caos la natura?
—¡Nó! que muerte el Señor le dá su hechura;
¡muerte á su Dios en afrentosa cruz!

En torno del patíbulo rugiendo,
vedlos allí, del Gólgota en la cumbre;
insultando su blanda mansedumbre,
cubriéndole de belfa y de baldon.
¿Estás desamparado, Jesús mío?
¿Elevas ¡ay! los moribundos ojos?...
¿Qué pides al Señor en tus enojos?
«¡Perdon para los miseros, perdon!»

Sacrílegos! tened la horrenda mano
armada contra el Dios omnipotente;
temblad que arrugue la serena frente,
y desaparezca el mundo pecador.

Esos cárdenos labios ultrajados,
que el polvo vil de vuestros pies afea,
dijeron á la nada: *el orbe sea*,
y la nada fué el orbe encantador.

¿A taladrar os atreveis las plantas
engendradoras del rugiente trueno,
que turban de los ángeles el seno
cuando miden la vaga inmensidad?
¿En su rostro poneis la cruda mano?
¿Fragil cetro le dais ignominioso;
y en su trono magnífico y lumbroso
anonada su augusta magestad?

Insano pueblo, de tu Dios verdugo,
¿no pisaste del mar las hondas grutas,
al raudal soplo del Señor enjutas,
palpitando de miedo el corazón?
¿Y las domadas olas no bramaban
en montes dividiéndose de espuma?
¿Quién las contuvo, di, cual leve pluma,
y encima las soltó de Faraon?

¿Y quién fué tu caudillo en las batallas?
Bajo sus anchas alas encubierto,
¿quién te condujo, quién por el desierto,
derramando en tus labios el maná?
¿Al verle por tu amor manso cordero
tu ingratitud le desconoce y niega?...
¡Ay! si un día le ves qué airado llega,
cual leon tremebundo de Judá!

II.

¿Quién te puso, Jesús mío,
esa corona de abrojos,
sin que tus augustos ojos
beláran su brazo impio?

¿Quién te robó la color
de las rosadas mejillas?
¿Quién tus sagradas rodillas
descarnó con tal horror?

¿Fué el pueblo que regalabas
con blanda mano amoroso,
y, cual padre cariñoso,
por su bien te desvelabas?

¿Fué la viña que plantaste,
frondosa, lozana y pura,
y con llanto de ternura
siglos y siglos regaste?

¿Fué la adúltera Sion,
que moraba entre tus brazos,
la que te arranca á pedazos
la vida sin compasión?

¡Ay! ¡cuánto mas te atormenta
es tu cariño mayor;
una palabra de amor
desvanecerá su afrenta!

En tu ardiente caridad
mueres con dulce consuelo,
porque las puertas del cielo
abres á la humanidad.

Haces que á Luzbel asombre,
y que, tras sueño de muerte,
en tu regazo despierte
para ser eterno el hombre.

Mueres en expiación
de los crímenes del mundo;
y él, mas y mas furifundo,
te destroza el corazón!....

III.

Justo Dios, vengador del diluvio,
Dios de fuego en la infanda Sodoma,
¿cuándo, cuándo tu cólera asoma;
cuándo sorbe á la ingrata Sion?
¿No cercaste el Edem de querubes
que vibraban flamígero acero?
¿Quién dió muerte al profano boyero?
¿Quién la diera á Natán y Abiron?

Levantaos, leon adormido;
sacudid la herizada melena,
y lanzad el rugido que atruena,
y estremece del hondo á Salén.
Ese pueblo de entrañas de acero
desdenó tu filial mansedumbre....
¡Vea, pues, la terrífica lumbre
de tus ojos airados también!

¡Que desborde tu justa venganza,
cual torrente de lava inflamado;
y derribe, y devore al malvado,
que tu frente elevó contra tí!
¡Viva el justo no mas en la tierra!
Pero, no!.... no, mi Dios! Teu clemencia!
Todo el orbe firmó tu sentencia,
¡ay! ¡qué fuera del mundo y de mí!

Maria al pié de la cruz.

EN EL ALBUM DE J. C. CERVETTO DE S.

Tiembla el mundo conmovido,
El sol oculta su lumbre
Y del Gólgota en la cumbre
Vela una muger;
Alza con honda amargura
A los cielos su mirada,
Por las lágrimas, velada,
Que le arranca el padecer.

Llanto que del alma brota,
Amargo, y justo, y ardiente,
Porque de la Cruz pendiente,
Mira al hijo de su amor;
Y apenas con luz siniestra
El relámpago ilumina,
Aquella frente divina
Abrumada de dolor.

¿Hay algun pesar que al tuyo
Baje, Maria, á igualarse?
¿Puede otro llanto mezclarse
Con tu llanto maternal?
¡Y estás sola, Madre mia!
¡Sola en tu dolor profundo,
Tú, que eres Reina del mundo,
Y emperatriz celestial!

¡Oh! ¿quién habrá que comprenda
Tu angustia, Virgen sagrada?
¿Quién de tu alma desgarrada
Podrá medir la aflicción,
Cuando escuchas de tu hijo
Ese postrimer acento
Y se pierde por el viento
El ¡ay! de su espiración?

¡Pobre madre, flor bendita,
Hoy que te miro angustiada,
La casta frente abrumada,
Lacerado el corazón;
Hoy, que no estás circuida
De tu esplendor y grandeza,
No me asusta mi pobreza
Y llevo á tí en mi aflicción!

Me atrevo á llamarte *Madre*,
A unir tu llanto á mi llanto,
Y las orlas de tu manto
Humilde llevo á besar;
Y al ver el triste suspiro
Que tus labios descolora,
Quisiera borrar, Señora,
Tu pesar con mi pesar.

¡Virgen pura, Madre mia!
Al ser de tu mal, testigo,
Hoy vengo á llorar contigo,
De la santa Cruz, al pié;
Mas si mi flaqueza humana,
Conseguir no puede tanto,
A lo menos.... con mi llanto,
Tus altares regaré.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Granada, Marzo de 1858.

Antes.

¿No has visto en la negra noche
Do todo es silencio y pena
La luna alzarse serena
Vertiendo su claridad,
Y disipar, con las sombras
Que ofuscan el firmamento,
Las sombras que al pensamiento
Le presta la soledad?

¿Y con su lumbre bendita
Trocar en cuadro de calma
Donde siempre encuentra el alma
O un hueso ó una ilusión,
El cuadro lóbrego y triste
Que las sombras nos ofrecen
A donde solo aparecen
El hastio ó el dolor?

Así en la noche de mi alma
Donde solo halló cabida
El hastio de la vida
O el sarcasmo del dolor,
Al verte, niña, ha brillado
Un rayo de esa esperanza
Que nos muestra en lontananza,
Un porvenir de ilusión.

Hermoso prisma encantado
Que soñó mi fantasía,
Delirio del alma mia
Que acaso se perderá,
Como se pierde en el Plata,
Si récio brama el pampero,
El grito que el marinero
Dió náufrago al espirar!

José Pedro Varela,

1863.

A Isabel.

¿Por qué sobre tu nitida mejilla
Hay una espresion triste? ¿y en tus ojos
Una líquida perla á veces brilla?
¿Quién en tu senda terrenal abrojos
Temerario sembró?

¿Por qué se encuentra en tu nevada frente
La amarga huella de un pesar guardado?
¿Quién de tu vida virgen é inocente,
El horizonte claro y despejado,
Audaz oscureció?

¿Será que el mundo pérfido y maligno
Te haya robado una esperanza bella,
Que esa tristeza en tu semblante sella?
¿O que algun ser de tu cariño indigno
Tu amor no valoró?

Nolo quiero creer: tu desventura
Mi porvenir hiciera desgraciado;
Me horroriza la sola conjetura
De que un amor quizá desventurado
Tu pecho perforó.

Mas si así fuera, arranca de tu seno
Ese afán triste que tu vida amarga!
El amor terrenal es un veneno
Que el alma y los sentidos aletarga
Con ciego frenesí.

Arrójale del pecho aunque le cueste
¡Ay! arrancar la honda raíz que tiene,
Pues tú eres digna de un amor celeste
El ángel que, cual tú, á la vida viene
Merece amarse así.

Mas si no puedes arrancar del pecho
El dardo ¡ay! que el corazón ha herido;
Yo, como tú, en lágrimas deshecho:
Las lágrimas que viertas te las pido!
Las risas para él.

Tus penas, Isabel, yo las acepto!
Si este favor á merecer te alcanza
Un hombre que, aun perdida la esperanza
(Concedeme que estampe este concepto),
Te adorará, Isabel!

G. V.

Marzo 18 de 1866.

La Semana Santa.

RECOGIMIENTO Y REFLECCIONES; USOS.

.... ¡Creación!.... De tu fin llegó la hora?
Del estérmino, el ángel iracundo,
Hoy esgrime su espada destructora.
¿Qué infunde sentimiento tan profundo
Que el cielo y la tierra al par devora?...
¡Murió en la cruz el Salvador del mundo!....

P. S. BAEZA.

Creemos no equivocarnos si nos aventu-
ramos á decir, que en el corazón humano q'

respira bajo la atmósfera de este mundo positivista, en estos días, se siente el hálito glacial de la muerte; parece que se escucha allá á lo lejos el tétrico movimiento de las eternas ruedas que hace girar el tiempo, cuando ese mundo de hoy vá á recordar las lastimeras escenas de q' el *Gólgota* fué teatro, y que el hombre no recuerda ni piensa hasta la hora de su agonía....

Días sagrados que brillan con la luz del cristianismo á los ojos de la humanidad, llegad, llegad ya, y haced que en vuestro breve curso, vuele el alma á espacios mas elevados.

¡Dios, y el hombre!....

El alma, embriagada en ese sentimiento de celestial voluptuosidad, descubre en el vasto horizonte del futuro, sombríos pensamientos, y á través del confuso murmullo de la muchedumbre, oye resonar las sagradas plegarias.

En ese gran duelo, todo se pone lúgubre y silencioso.

Por las megillas resbalan las acusadoras lágrimas del arrepentimiento.

El Hombre-Dios, vá á ofrecer su vida, ante su angustiada Madre, por un mundo que no lo ama.... porque si lo amase, sentiría su dolor, moriría con él.

A los vivos resplandores del momento, se sucede una melancólica oscuridad.

¡Cuántas horas, cuántos días, cuántos años, no han huido de este mundo para no volverlos á ver mas!....

¿Qué son esas flores que despierta la primavera, más que polvo que mañana hollarán nuestros piés?

¡Todo acaba ante la eternidad!....

El árbol hoy robusto, se verá luego seco y marchito.

¿Qué sol de primavera podrá darle vigor?

Así es todo; en medio de esa constante agonía que siente la sociedad, se evocan sin embargo los vanos placeres del mundo...

¡Vedlos ahí!

Todos, todos están amigablemente confundidos....

Los trenes no recorren las vías; el silencio reina en los hogares; no se perciben los brindis de las opíparas mesas; ni se oye el compás del aéreo *wals*, como tampoco se escuchan las armonías de alguna *soirée*; y finalmente, ni maldecir y jurar en las tabernas....

Pueblo, clase média, aristocracia y gefe del Estado, todos, todos acuden presurosos al templo, do venerando con respeto, el doloroso emblema, murmuran con fervor pia plegaria.

Allí, haciendo abstracción de sus respectivos devaneos, de sus mútuas miras é intrigas, solo se concretan al pensamiento y sentimientos religiosos, olvidan sus rencillas y recuerdan su fin; y admirando la sin par abnegación y amor profundo del sublime Mártir del escogido *Gólgota*, por sus ingratos hijos, los que anonadados con tan gran lección, digna de tan gran Maestro, allí, confiesan sus errores, elevan preces al gran *Arquitecto del Universo*, y meditan sobre el consolador *mas allá de la tumba*....

Por eso no debemos estrañar, queridos

lectores, que en estos días, el consejero de Estado se olvide de las votaciones de las Cámaras; que la prensa católica sea la única que hable; que los bolsistas abandonen el edificio de sus materiales quimeras....; que los padres de la Patria, estén ausentes del salón donde debaten los intereses nacionales; que el taller como el bufete, estén sin obreros ni escriturales; no os admire, tampoco, que los *dilettanti* olviden, siquiera sea por cortísimo tiempo, los nombres de los compositores favoritos, tanto nacionales como extranjeros, con sus partituras y libretos; en estos días, su única conversacion es la de discursos sacros, de las *siete palabras*, de los oradores encargados de pronunciarlas en todas las grandes ciudades, el día de Juéves Santo.

Y hasta esos tiernos séres, que al presente se hallan en el prólogo feliz.... de la vida, durante estos días, los vereis gratamente ocupados bajo las bóvedas de tantos templos; el Domingo de Ramos, con sus olivas y palmas; los días de *tinieblas*, con sus carracas....

Finalmente, ¿cómo no impresionarse, y no obrarse tan pacífica revolucion, si como dice un escritor (1): «Es un admirable asunto de meditacion el que se ofrece en estos días á todo el que tiene la dicha de «profesar la fé cristiana, porque en ellos «se nos presentan como conmemoracion y «recuerdo, los admirables misterios de la «Redencion del género humano, y el principio de esa Religion Santa, de Paz y de «Caridad....?»

Sí, ¡qué cristiano no se conmueve al recuerdo del cruento sacrificio, que en pró del mundo, y para el cual se ofreció gustoso y resignado el Hijo de Dios, despues de haber dejado en una vida santa, tanto ejemplo heróico de mansedumbre que imitar, para sus creyentes, y de prodigios que admirar, para los incrédulos!

Al recordar los padecimientos del Autor del único gran poema del mundo (2), ¿cómo no llorar y vestir luto?

¡Prendido en el huerto de *Getsemani*, ultrajado en la casa de Anás, juzgado en la de Caifás, llevado á la de Pilatos, enviado al palacio de Herodes, vuelto á llevar á presencia de Pilatos, para de nuevo ser interrogado y azotado; allí colocan sobre sus sagradas sienes una punzante corona de espinas.... á *El, rey del mundo*; cubren sus ensangrentadas carnes con la púrpura del escarnio.... á *El, fuente de toda salud*; lo sentencian á la última pena.... á *El, dueño de la vida*; y condénanlo á la mas afrentosa de las muertes, la de la cruz.... á *El, principio de lo hermoso y árbitro de los humanos destinos!!!*

¡Oh! pero, el madero de la Cruz, es, como dijo un elocuente escritor francés (3): «¡Signo sagrado de paz y de salvacion: radioso estandarte, que flota á lo lejos sobre las ruinas del paganismo!»

¡Tan humilde, el que *deposceit potentes de sede et exaltavit humiles!* segun el Psalmista.

(1) Larrea.

(2) El Evangelio.

(3) Chateaubriand.

Ni podia ser de otro modo, para que fructificara la semilla germinadora del cristianismo, en la inculta tierra del crapuloso paganismo.

Ved, porque sienta la Sagrada Escritura, que cuanto mayor era el número de los Mártires imitadores de Jesu-Cristo, tanto mas grande era el de los que se convertian.

¿Y cómo no seguir el dogma de quien dice: «Sea libre el hombre para adorar á Dios, en espíritu y verdad?»

Pero, hémos nuevamente impulsados por ese rumor fascinador y material, que nos despierta de nuestras reflexiones y recogimiento.

El Sábado Santo, día en que la Iglesia celebra la Resurreccion, despues de los oficios, suéltanse pájaros y palomas con lazos vistosos de cintas á colores, é impresos; las campanas, mudas durante tres días, tornan á ser lanzadas al vuelo; á las roncadas matracas, suceden las agudas campanillas; al monótono silencio q' reinaba en las calles, un ruidoso bullicio lo reemplaza con acompañamientos de carruajes, etc; y á pesar de que en muchas partes, se dice no hay armas de fuego en los hogares de familia, como de la espresa prohibicion de su uso, por bando vigente y fijado en los parages públicos, las detonaciones que se escuchan por distintos puntos dicen claramente que hay mas armas ocultas que las que se suponen; y que ante el secular uso de disparar tiros, al *Gloria* del Sábado Santo, tiene que ceder el rigor del mandato gubernativo de la primera autoridad local; y todo parece sonreír otra vez y volver como antes á la vida.

Y en efecto, todos volvemos á las quiméricas ilusiones.... á las antiguas farasas.... del mundo, y á los dorados sueños.... que nos sonríen, para hacernos verter llanto....

¡Sunt nunc mores (4)!

Tales son nuestros usos....

Pero siempre que llegue época tan santa, siempre q' recordemos de hinojos la vida y muerte del Redentor, digamos con *Alfonso de Lamartine*:

¡El sacrificio universal, inmenso,
Mortales, ved aquí. El templo, el mundo,
Y la tierra; el altar, su alta techumbre,
Y su ostentosa cúpula los cielos;
Y esos astros sin cuento, esas lumbreras
Semiveladas, pálido decoro
De la sombra, con orden derramadas
En la bóveda azul, son los blandos
Cabe el *Sancta Sanctorum* de este templo,
Para alumbrar sus naves, encendidos;
Y el aromoso incienso sacrosanto,
Que hasta el trono de Dios, sube en columna,
Son esas nubes candidas, que baña
El moribundo sol en esplendores,
Y el áura leve replegar las hace,
Del ocaso al aurora, y blandamente,
En vellones de púrpura, arrebatada
Del firmamento al borde nacarado!

J. C. Cervetto de S.

Montevideo, Marzo de 1866.

La revolucion Española.

En el mismo instante en que el Gobierno de España, estiende su garra para oprimir á una de las repúblicas americanas y agregar así uno mas á la larga série de los

(4) Terencio.

crímenes y las injusticias cometidas por los gobiernos despóticos, el pueblo español se lanza al combate levantando el noble estandarte de la libertad.

La España era un cadáver—El progreso, ese cristo de la religión moderna, acaba de gritarle: Alzate, Lázaro!—y Lázaro se ha levantado de la tumba—no muerto y lívido como el Lázaro de la Escritura, sino poderoso é invencible.

En adelante, el pueblo español, hasta hoy encerrado entre el círculo de fierro de los despotismos, tendrá su asiento en el congo de los pueblos libres; su pedazo de hostia en la comunión de las democracias, su lugar en las interminables filas del progreso.

No importa cuál sea la bandera que levante la revolución española, cuáles sean sus tendencias, cuáles los principios que proclame.

Una revolución es una palpitation del pueblo; es un signo de vida. Los pueblos que viven, si no son hoy, serán mañana ó serán después, los obreros infatigables de la libertad humana.

¿Qué importa que el paso sea ó mas ó menos lijero, si el peregrino se ha puesto en marcha; si abandona la miserable choza que le legaron sus mayores, para ir á buscar el pueblo de Dios; si rompe con mano omnipotente la ignominiosa cadena que lo ligaba al pasado, y aunque entumido aun por largos años de cautiverio, revuelve en torno la mirada, y lanza al aire con su voz estentórea, el *fiat lux* de la moderna creación? ¡Ay de los tiranos!

Cuando la Europa entera, tenía sus representantes mas ó menos numerosos en los congresos de la libertad — la Francia, defendiéndola en los campos de batalla y en las plazas públicas, en 89, y en las largas guerras de la República; la Alemania y la Italia, defendiéndola en el combate de las ideas con sus filósofos, con sus pensadores; la Inglaterra, predicándola por medio del ejemplo y engendrando á la Roma de los tiempos modernos: á la nación-qua como dice Mazzini, á los Estados Unidos; cuando todos los pueblos se revolvían y luchaban y si eran vencidos, salvaban con su protesta, como Polonia, el arca santa del porvenir: la España permanecía sorda é indiferente, encerrada entre sus conventos, amurallada tras de sus numerosas catedrales, agoviada, sepultada bajo el peso de su superstición y su servilismo.

Pero el espíritu de Dios ha bajado hasta ella.

El intenso calor del sol del progreso ha ido á fecundarla á su pesar; le ha dado vida.

El gusano romperá bien pronto su crisálida y se convertirá en mariposa.

La revolución que ha iniciado el General Prim, hoy aplazada pero no vencida, es la chispa que irá á incendiar la gran hoguera revolucionaria.

En el horizonte de la España empiezan á vislumbrarse los primeros destellos del sol de la libertad; bien pronto iluminará todo el cielo.

Cuando se le dá el impulso progresista á un pueblo cualquiera, es imposible detenerlo en la escala ascendente.

Las repúblicas americanas, enemigas naturales de la España en tanto que ella re-

presente el atrazo y el despotismo, se unirán con ella en un abrazo fraternal, el día en que suba á uno de los wagones del progreso y se ponga decididamente en marcha.

Y ese día vendrá, indudablemente, apesar de que la raza española, viciada por tantos siglos de superstición, necesita largos años para purificarse.

Las repúblicas américo-latinas, somos una prueba palpable de cuántos trabajos y cuánto tiempo no son necesarios para encaminar por el sendero de las justicias á las razas descarriadas por los despotismos políticos y religiosos.

Los caudillos dominando á su antojo las sociedades; el brillo de los sables yendo á turbar en su reposo á los pensadores; el sinsabor, á veces la proscripción y la muerte persiguiendo implacables á todo el que quiere poner un dique al impetuoso carro de los mandones; la propiedad, jugando á merced del oleage de la avaricia; la propiedad política, siguiendo el vaiven de las malas pasiones de la ambición y del odio; y como los restos del naufragio, no, como los cimientos de la ciudad del porvenir, algunos pocos defensores de la libertad, de la igualdad, de la justicia, cuyo número se aumenta poco á poco, pero se aumenta siempre: hé ahí el cuadro triste pero lleno de esperanzas, de las Repúblicas américo-latinas.

Pero no por esto las nacionalidades europeas, en las que las injusticias están erigidas en sistema y son sancionadas por las leyes, están mas arriba que las nacionalidades americanas, en la que toda vejación que se comete es una violación de la ley; es un hecho pero no un derecho.

La América es la tierra de las esperanzas: ella lleva en sus hombros el arca del porvenir y ella tiene un voto de felicidad para todos los pueblos que se agitan buscando la libertad y la justicia.

La revolución española, estamos persuadidos de ello, tendrá las simpatías de los pueblos americanos, á pesar de la odiosidad q' han despertado contra la España los ináucitos atentados del gobierno español.

Su triunfo interesa á todos los que quieren la libertad.

A la altura á que ha llegado la civilización en el siglo XIX, los gobiernos despóticos, como el de España, son gigantes de polvo, que basta que haya una mano que los toque, para que se derrumben para siempre!

¡Dios proteja la mano de la revolución española y le dé un triunfo seguro!

José Pedro Varela.

El corazón.

Con el permiso de los señores anatómicos, vamos á presentar una nueva teoría respecto del corazón.

Este órgano se divide en tres zonas:

Glacial, templada y tórrida.

La primera, alberga al sentimiento en su infancia.

La segunda, en su juventud.

La tercera, en su virilidad.

A su alrededor, esto es, en las afueras de la región del sentimiento, vaga ese fantasma que llamamos indiferentismo.

La zona glacial, contiene la deferencia, que es el primer paso en el camino de la confianza.

La zona templada, contiene la escala del interés, simpatía, amistad y cariño.

La zona tórrida, contiene la pasión, que es un amor loco.

Locura del sentimiento.

Ceguedad de la inteligencia, ocasionada por la erupción volcánica de las sensaciones.

Entre la zona glacial y la templada, duerme el amor.

A sulado dormitan los malos sentimientos recogidos entre las ropas de sus padres, la envidia y el orgullo.

El sueño del desprecio y el del amor, es tan débil que el menor ruido le ahuyenta.

Los malos sentimientos despiertan mas pronto, pues solo dormitan.

Hay corazones que en la intensidad de una de sus zonas absorbe á las demas.

Si predomina la zona glacial, el corazón queda insensible.

Si predomina la templada, el corazón queda tranquilo.

Si predomina la tórrida, el corazón, en el exceso de su arrebató, se vuelve loco.

Cuando en el tránsito de una á otra zona se despierta el desprecio, el corazón no hace otra cosa que despreciar.

Si se despierta el amor, ama por entero.

Si se despierta algun mal sentimiento, lo olvida todo por seguir tras él.

En el tránsito de la deferencia al interés, hay pues que cuidar que el ruido no despierte al desprecio, y es muy fácil tocarle sin querer.

En el tránsito del cariño ó la pasión, ha de tropezar con el amor á los malos sentimientos.

Y preguntamos ahora ¿en cuál de las tres zonas del corazón se aclimatan mejor las afecciones?

—En la zona templada.

—¿Por qué?

—Porque las flores de la simpatía, de la amistad y del cariño viven en la temperatura natural y no necesitan del calórico del fingimiento.

A Bella-Vista.

RECUERDO.

I.

Bella-Vista—mas bella que la luna al reflejar sobre el sereno y manso río, que silenciosamente carcome tus magestuosas barrancas—¿quién no recuerda con emoción tus plácidas y tranquilas noches, alumbradas por una tenue y límpida luna, reflejando como una faja de plata sobre la cúspide de tus frondosos naranjos? ¿quién no siente palpar el corazón, fascinada la mente, al contemplar tus florecidos bosques, perfumados por el ambiente exhalado por el pétalo de tus flores?

II

Bella-Vista—mas bella que las azucenas que pueblan tus vírgenes bosques, y mas altiva que las gigantescas palmeras, que se mecen al impulso de la brisa, hasta inclinar sus gajos, como para besar las enredaderas q' se ciñen á su potente tronco—¿quién no recuerda con verdadera emoción, tus jardines llenos de laberintos, mas bellos y mas fascinadores, que la gruta de Aladino, pues-

to que son habitados por vestales de ojos negros, de mirar de fuego, de cabellos sedosos, suaves, de color azabache y ligeramente ensortijados, de cintura fina, flexible como el mimbre, de dientes nacarados, de andar cadencioso y de figura diáfana?

III.

Bella-Vista—mas bella que las ilusiones de una virgen, al escuchar por primera vez, palpitante y medioadormecida, las palabras de amor, escapadas de unos labios rosados y secos por el fuego de la pasión; mas bella y mas orgullosa, cuando dominando al sol, desafías sus ardientes rayos, que impotentes para apagar la atmósfera perfumada y embriagadora, que se aspira al exhalar el alma un suspiro, esconde su resplandor tras de los montes solitarios, huyendo hacia el silencioso é imponente Chaco.

IV.

Bella-Vista—compañera de mis ensueños, ideal de mis pensamientos, yo te amo con un amor melancólico, como las gotas de rocío desprendidas de las flores, inspirado por el silencio y la soledad, que reina al rededor de tus jardines, interrumpida tan solo por la brisa cálida y aromática, que roza las hojas de los jasmínes, produciendo armonías que parecen quejidos, ó por el murmullo de las aguas, que vienen mansamente á lamer tus frondosas barrancas, hasta tronchar las inocentes *Margaritas*, que al inclinar su tallo para ser arrebatadas por la impetuosa corriente, se cree escuchar lamentos, que oprimen el corazón y fascinan la mente.

V.

Bella-Vista—yo te amo con un amor puro y santo, como el sentimiento mismo que lo inspira, porque al pisar tus playas, saludaba la patria de mis queridos padres; tu recuerdo, irá siempre unido á mi existencia, como lo están ya las emociones que imprimiste á mi alma—yo te saludo, hija predilecta de los trópicos, arrancando de lo íntimo de mi corazón un *adios* de despedida.

Abraham.

Corrientes, Febrero 24 de 1866.

Bosquejo histórico

DE LA POESÍA CHILENA,

Escrito por Adolfo Valderrama.

I.

Cuestión es para algunos el si hay ó no en Chile una poesía nacional. Muchos echan de menos en las obras de nuestros vates ese sello de originalidad que marca la literatura de los diversos países, ese colorido local reflejo de las ideas, las costumbres y la naturaleza física que rodean al poeta cuando entona sus cantos. Tenemos poetas, se dice, pero poetas imitadores de los maestros de otras literaturas, que nada producen de propia cosecha, y que se dan por satisfechos traduciendo en galanos versos los pensamientos de Byron, Schiller ó Victor Hugo.

Reparo es este sobrado injusto: y la obra del doctor Valderrama, que analizamos á la

lijera, deja sentadas las bases para que el futuro historiador de nuestras letras formule un juicio desapasionado contra una opinión que tan poco favorece á nuestros poetas.

Por otra parte, crear una literatura completamente nacional no es obra de medio siglo, y el camino de una imitación de tres centurias elevó á la poesía de la Europa al alto grado de perfección á que ha tocado en nuestros días.

Homero, Virjilio, Horacio, Lucrecio, Eurípides, Tibulo y tantos otros génios de la docta antigüedad han sido los maestros del Taso, Camoens, Boileau, Racine, Corneille, Calderon y hasta del insigne Lope, el mas orijinal y fecundo de los poetas.

Por este camino de la imitación han marchado nuestros trovadores hasta estos últimos años en que se han lanzado con fruto al campo de la originalidad, produciendo obras que los honran altamente.

Matta, Lillo, Arteaga Alemparte, Luis Rodriguez Velazco y Carlos Walker, dando á sus producciones el mismo jiro que hasta hoy, revestirán á la poesía nacional de un ropaje chileno y orijinal que la hará ser leída con placer en los países estrangeros.

Dichas estas breves reflexiones, que nos sujere la oportunidad del asunto, pasaremos á ocuparnos de la Memoria leída por D. Adolfo Valderrama en la última sesión solemne de la Universidad de Chile.

El autor, médico distinguido, y poeta satírico de un mérito raro entre nosotros, ha historiado la poesía nacional con buen éxito, logrando presentarnos un cuadro sinóptico de lo que es en Chile este importante ramo de la literatura.

Ha dividido su obra en tres periodos: el del coloniaje, el de la independencia y el contemporáneo; imprimiendo en sus páginas, con algunas escepciones, el sello de una crítica concienzuda y desapasionada.

Presentar un cuadro de lo que era la poesía chilena durante la oscura época de la dominación española, es una tarea en el día superior á todo esfuerzo por los escasos datos que se encuentran, casi todos conservados por la tradición, que por lo general no es el órgano mas fiel y digno de crédito.

Pedro de Oña, autor de la epopeya «El Arauco Domado», es casi el primer poeta de que se tenga memoria y aquel cuyas obras han sido mejor conservadas.

Pedro de Oña era sin disputa un gran poeta, que educado en otra nación habría llegado á ser un épico no inferior á Hericilla, pero, lejos de todo centro de ilustración, no pasó de ser uno de tantos escritores de epopeya, que abultan la galería de la literatura española con ensayos indigestos é infructuosos.

Por otra parte, parece que estaba escrito que España no habia de tener un poema épico, así es que Hericilla y Balbuena distan tanto del Taso y de Homero como Pedro de Oña distaba de ellos.

Sin embargo, Pedro de Oña dejó grabado en muchas de sus bellas octavas el sello del génio y prueba á cada paso una delicadeza poco comun y una imaginación florida y galana.

La octava de Oña no es la combinación italiana conocida con este nombre, sino una

estrofa, que sin tener la magestad de aquella, tiene muchísima gracia y soltura, y merecia ser cultivada mas (e lo que ha sido.

Los defectos de Oña son de su época; sus aciertos son admirables y esclusivamente suyos.

El estudio de las jácaras é improvisaciones del padre Lopez y de Mujica presenta algunas mas dificultades que el de los poemas de Pedro de Oña, pues las obras de estos poetas, graciosos juegos de ingenio, solo eran retenidas en la memoria de alguno que otro aficionado á conservar anécdotas y antigüedades.

Estos dos célebres improvisadores merecerán siempre un lugar distinguido, y el autor del *Bosquejo Histórico*, hace un verdadero servicio á la literatura dando algunos de sus versos á la prensa.

Las décimas de estos autores son regocijadas é ingeniosas. La pintura del Titiritero que hace el padre Lopez, es de lo mas salado que puede darse, y tiene á mas un sabor chileno, y permítasenos decirlo, *casero*, que hará sea leída siempre con agrado.—La composición del mismo Lopez á su hermana es una buena imitación de las décimas que á cada paso se hallan en las obras del príncipe de los dramáticos españoles. De Mujica, podria decirse lo mismo y aquella décima escrita, á ruego de la esposa del gobernador de Valparaíso, habiendo ésta acudido á ver una ballena arrojada por el mar á la playa, es digna de citarse siempre como un ejemplo de ingeniosa galantería.

Héla aquí:

«Este mónstruo que aparece,
Despojo de este elemento,
Es tributo, que contento
El mar á tu planta ofrece:
Bien tu hermosura merece
Ofrenda tan desmedida,
No hubiera bruto con vida
Si allá en su instinto alcanzára
Que con su muerte lograra
La gloria de tu venida.»

Semejante es esta décima á otra del delicado poeta español del siglo XVI, doctor don Juan de Salinas y á quien creemos imitó Mujica en los versos citados:

«Un javalí yace aquí,
Muerto por una deidad;
Muriera de vanidad
Otra vez á estar en sí.
No fué solo el javalí
El muerto; que no hallarás
Caminante que jamás
Esté en la selva con vida;
Que éste murió de la herida
Y de envidia los demás.»

Dos composiciones son estas entre las cuales seria difícil decidirse, pero indudablemente son hermanas por la ingeniosidad del pensamiento.

Muchas son las estrofas que se atribuyen á Lopez y Mujica y en todas ellas se notan las mismas cualidades y defectos. Estos son hijos del descuido del repentista y no arguyen nada contra el talento del poeta.

Sentimos no ver nombrados siquiera en esta parte del *Bosquejo* á la monja, autor de la relación de la inundación del convento del Carmen por el río Mapocho, y á don Bernardo de Guevara, que escribió un romance sobre la conocida leyenda de los mineros de Petorca: ambas producciones han sido publicadas en estos últimos años por dos de nuestros diarios.

Enrique del Solar,

(Concluirá)

Francisco Bilbao.

Hay hombres que se convierten en idea, que se hacen luz y que por do quiera que pasan dejan un rastro luminoso. Francisco Bilbao era uno de esos hombres.

Continuar en América la obra que Michelet y Quinet habían empezado en Francia; exhumar el cadáver de Cristo, sepultado durante tantos años bajo la inmensa capa de las preocupaciones; difundir el verdadero espíritu de los evangelios y hacer de ese espíritu la ley suprema de las naciones; trazar en el vasto cuadro del pensamiento americano, la valla inmensa que separa al catolicismo del cristianismo, y mostrar que el uno es la negación de todos los derechos, la anulación del individuo, el rompimiento de todos los verdaderos vínculos sociales, la explotación del débil por el fuerte, del ignorante por el erudito, del pobre por el rico, del creyente por el sacerdote, del laico por el seglar, y que el otro es la proclamación de toda verdad, el reconocimiento de todo derecho, la rehabilitación de toda justicia hollada, de toda virtud profanada, de toda verdad escarnecida; predicar incesantemente la separación de la Iglesia y del Estado, como base de todo progreso, y la unificación del ciudadano y del creyente como elemento primordial de toda democracia; dejar en los surcos del pueblo la semilla del porvenir, y presentar á los hombres como la carta constitucional de todas las conciencias, los evangelios: hé ahí la misión de Bilbao.

Misión grande y fecunda, pero llena de sinsabores y amarguras, digna del autor de *la América en peligro*, del noble proscrito, que vagaba incesantemente perseguido por el anatema de los malos, demasiado poderosos en la tierra; llevando á todas partes la palabra nueva, el espíritu de Dios; iniciando la reconquista de la soberanía del hombre, y alentando con su palabra, con sus acentos y con su ejemplo, á los que se sentían desfallecer en el rudo combate.

Jóven, cuando contaba apenas 21 años, levantaba en Chile la bandera del nacionalismo puro, y en medio de una sociedad fanatizada presentaba el ejemplo sublime, de un niño que dejaba apenas el alda maternal, amurallándose tras de las nobles ideas que proclamaba y luchando solo contra la inmensa cohorte de las preocupaciones y de las explotaciones inicuas.

Desde esa época su peregrinación y su apostolado empiezan.

Vá á Europa y allí se relaciona y se hace discípulo de Quinet, de Michelet, de Lamennais, de todos los grandes pensadores franceses en la grande época que precedió á la revolución del 48; vuelve á Chile, funda la sociedad de *La Igualdad* y se hace el ídolo de los rotos, esos proletarios americanos, que marcan sobre la frente del pueblo chileno un baldon de ignominia; es espulsado, perseguido, traqueado como un animal salvaje por las autoridades chilenas; pasa al Perú, continúa allí su prédica, y el gobierno peruano lo arroja también de su suelo; vuelve á emprender un nuevo viaje á Europa, va á Francia, y la encuentra cambiada completamente; sus amigos estaban proscritos ó vivían en la oscuridad; el perjurio de Diciembre remachaba las cadenas que oprimían á la Francia; desesperado vá á Bélgica á visitar á Quinet, y de allí, des-

pues de visitar nuevamente la Italia, llega á Buenos Aires en Abril de 1857; allí vuelve á su predicación con mas entusiasmo que nunca, hasta que al fin, vencido su cuerpo por su actividad incansable, entrega su alma á Dios el 19 de Febrero de 1865, á los 42 años de edad.

La noticia de su muerte se esparce con la celeridad del rayo por todo el continente americano y vá á arrancar un gemido doloroso á todos los libres pensadores de Europa!

El hombre ha muerto; ¿habrá muerto también la doctrina? ¿Habrán sido inútiles tantos sacrificios soportados, tantos dolores sufridos, tanta abnegación y tanto entusiasmo? En la América, en esa tierra del porvenir, que ostenta á los ojos envidiosos del viejo mundo las galas con que Dios la vistiera, ¿no habrá encontrado eco la predicación de la palabra nueva, y el fanatismo preocupacion podrán en adelante sentarse sonrientes y triunfantes sobre la tumba del guerrero caído, sin que la mano de un amigo, de un sectario de la noble idea, los arroje de allí? Sobre esa tumba del apóstol será necesario entonar el ¡ay! de la desesperación y declararse vencidos? La emancipación de todas las razas, la libertad de todos los hombres, la unificación de la humanidad entera en una creencia común, todas esas nobles aspiraciones será necesario sepultarlas con él y abandonarlas para siempre? No! Su predicación ha sido fecunda. Por todas partes los sectarios de la idea nueva lanzan al aire su grito de esperanza y llaman á sus compañeros al combate.

Las ideas proclamadas por Bilbao se estienden cada vez mas y preparan la era de la generación americana, la gran revolución del pensamiento, el año 10 de las conciencias.

Se empieza á comprender ya, aunque confusamente, que para fundar la verdadera democracia, es necesario que las creencias religiosas estén en relación con las creencias políticas. Los hombres que en religión profesan la teoría del servilismo, mal pueden en política profesar la teoría de la libertad.

Pretender que el creyente puede ser servil y que el ciudadano sea libre, es querer hacer dos individuales de una misma persona, es buscar el imposible.

El hombre que, en materias de religión acepta la infalibilidad de un hombre y reconoce el privilegio de la clase sacerdotal, tiene en política que reconocer la infalibilidad de los gobiernos y el derecho en los mandatarios á dirigir el pueblo á su antojo.

Cuando los pueblos aceptan sin examinar todas las disposiciones de los gobiernos, cuando dejan al poder el cuidado de dirigirlos y de cuidarlos, constituyéndose en árbitro supremo; entonces la democracia ha muerto.

Las repúblicas americanas se han agitado siempre heroicamente en busca de la libertad, y han creído dar un paso hácia ella cuando han conseguido copiar las leyes de pueblos que como los Estados Unidos marchan al frente de la moderna civilización, sin fijarse en que no son las leyes las que hacen que los hombres sean buenos ciudadanos, sino los ciudadanos los que hacen buenas esas mismas leyes.

No es la letra muerta la que es necesario reformar, sino las costumbres, las creencias, los hombres á quienes esas leyes van á regir; y las costumbres de los pueblos no se cambian mientras no se cambia la religión que profesan. Si esto es incontestable, ¿cómo podrán ser republicanos los pueblos cuya religión es monárquica?

¿Qué es el catolicismo, sino la monarquía religiosa? ¿Qué es el papa, sino el rey? ¿Qué es la clase sacerdotal, sino la nobleza?

¿Pueden vivir unidas en la cabeza de un hombre, la idea de la igualdad de todos, y la idea de la infalibilidad de uno solo?

¿Se puede ser republicano en política y ser monárquico en religión? ¿Ser católico y ser demócrata? ¡No!

Hé ahí la prédica incesante de Bilbao. Ataca los abusos, no en los efectos, sino en las causas. La anarquía, no en el pueblo, sino en la religión que la produce. El despotismo, no en los déspotas, sino en las creencias religiosas, que enseñan á los hombres á convertirse en siervos.

Emancipar el alma como el medio mas seguro, mas positivo de emancipar el cuerpo. Proclamar la soberanía de la conciencia y del individuo, por consiguiente, para tener como resultado infalible la soberanía popular.

Cuando la religión es despótica, ¿qué es la libertad?

¿Qué es la libertad de la prensa, cuando no pueden discutirse las materias religiosas?

¿Qué es la libertad del trabajo, cuando no puede trabajarse los días de fiesta?

¿Qué es la libertad de asociación cuando los cultos disidentes están escomulgados?

¿Qué es la libertad del pensamiento cuando tiene que detenerse en la puerta del templo?

¿Qué es la libertad del Estado, cuando la Iglesia lo domina?

¿Qué es, en fin, la libertad del individuo, cuando la confesión pone su alma en manos del sacerdote?

Y sin embargo de esto, ¿con qué indiferencia no se tratan siempre las cuestiones religiosas!

¿Cuántos nobles pensadores no han combatido á Bilbao, creyendo que su prédica era inoportuna, y que podría llegarse á la libertad política, sin haber obtenido la libertad religiosa!

Cincuenta años de luchas civiles incesantes, rios de sangre esmaltando fatídicamente las campañas americanas, millares de cabezas rodando en los patibulos, la agitación, la lucha, el martirio perpétuo, no han podido desengañarlos, y esas duras lecciones que nos dá la experiencia, se pierden inútilmente.

¡Ah! Si al menos la prédica de Bilbao los iluminara y los hiciera entrar por el verdadero camino que conduce á la libertad!

Hoy que la mano de un noble hermano ha recojido los fragmentos esparcidos del pensamiento del noble proscrito chileno, ofreciéndolos á la América como el Código del porvenir, es cuando mas se comprende lo noble de la misión y la grandeza del misionero.

Si las repúblicas americanas, no recogen hoy llenas de entusiasmo, el fúnebre legado de Francisco Bilbao, estamos seguros de

que mañana, irán á desenterrar sus obras de entre el polvo de las bibliotecas para mostrarlas con orgullo á las generaciones venideras.

Por nuestra parte, al terminar este artículo, débil ofrenda que tributamos al genio americano, cábenos la satisfacción de haber admirado siempre las ideas de Bilbao, y de recomendar hoy la adquisición de sus obras completas (1) á esa juventud oriental, que lleva sobre sus hombros el vasto porvenir de nuestra patria.

José Pedro Varela.

En un album.

Eres feliz—la vida te sonríe.
Nunca las sombras de tristeza, frías
Tu alma oscurezcan.
Que grato el cielo de infinitos bienes
Derrame en ti su claridad bendita,
Cándida virgen.
Y los azahares de tu blanca frente
Con su impureza á marchitar no alcancen
Nuestras miserias,
Y no perturben tus serenos días
Ni los lamentos, ni el acerbo llanto
Del desgraciado.
No! que los ángeles arrullen siempre
Tus inocentes y dorados sueños
Con dulces cantos,
Mientras el mundo, cual sepulcro helado,
Irá vertiendo en mi existencia amarga
¡Sombra y silencio!

Miguel Herrera y Obes.

Marzo 19 de 1866.

Anark.

Cantad en vuestra jaula, criaturas!
M. DE LOS SANTOS ALVAREZ.

Para un momento tus violentas olas
¡Oh, mar de mi dolor!
Dáme un instante de sombría calma
Y bajaré al osario de mi alma
A buscar el cadáver del amor.

Junto á la cuna del dichoso niño
Alza la tierna madre su oración;
Junto al hogar de la esperanza mía
El lúgubre estertor de la agonía
Es el cántico que alza el corazón!

Lo busco en todas partes; no lo encuentro;
¿En dónde estás, amor?
La mente no halla lo que hallar ansia;
Polvo estéril, aquí no hay poesía!
Nieve eterna, aquí no está el calor!

En vano es que te ajites, alma errante,
Que muerdas tu martirio.
Es en vano que sufras y que llores,
Tierra de promisión de los dolores,
Una idea feliz es un delirio!

Sobre la inmensa espalda que descubre
Del hombre el corazón,
El fierro ardiente de terrible daño
Grava la flor de lis del desengaño,
Imprime la señal de maldición!

Es el bautismo de dolor, de muerte,
Que el destino nos dá.
El viajero se lanza en el desierto
Sin luz, sin guía, sin seguro puerto!
Solo con su alma y sus pesares vá!

En la lucha incesante que sostiene
La estéril sociedad,
Nadie se cuida del ageno daño.
El eco que halla el ¡ay! del desengaño
Es una carcajada universal!

La sociedad sonríe. Esa sonrisa
Ese maldito pliegue
Que por todos los labios va pasando....

(1) Obras completas de Francisco Bilbao, publicadas por Manuel Bilbao.—Se venden en la librería de Lastarria.

Las máscaras del cólera bailando
La risa del que muere entre la nieve!

¿Qué importa? Si aun en medio de las sombras
Brilla una luz,
Si á través de las nieblas aparece
Un rayo bienhechor que desvanece
De la existencia el lóbrego capuz!

¿Es ese rayo hermoso la esperanza
Que sus galas nos dá,
Cuando en la casta aurora de la vida
Todo á la dicha y al placer convida?
No es eso, no, no es eso; es algo mas!

¿Es el puerto apacible que nos brinda
La calma del hogar,
En medio de la noche tormentuosa
Que eterna é implacable nos acosa?
No es eso, no, no es eso; es algo mas!

¿Es entonces la gloria con que sueña
La mente del mortal,
La gloria, ese delirio del que ansia
La eternidad en la mundana vía?
No es eso, aun, no es eso; es algo mas!

¿Es entonces la idea inmaculada
Del ser inmaterial,
Que en cambio de las penas de este suelo
Nos da la dicha eterna de los cielos?
No es eso, no, no es eso; es algo mas!

Misterio incomprensible que se eleva
Mas alto que el Señor,
Arcano insondeable de la vida,
¿Qué es ese rayo hermoso que convida,
A la dicha, al placer? Es el amor!

El amor, el amor, astro divino,
Emanación de Dios!
Templo de la esperanza y la ventura,
Lazo que une la humana criatura
Al supremo Hacedor!

Pero, ¿adónde se oculta, adónde viene
Ese bien, el amor?
El corazón del hombre es su aposento!
Veamos. ¡Ah! me engaña el pensamiento
Que los hombres no tienen corazón!

José Pedro Varela.

1866.

Magnetismo del carton.

I.

Cuando Enrique L.... vino á Paris á estudiar derecho, era joven de diez y ocho años, fresco como una rosa, tan modesto y dulce como una joven bien nacida y bien educada.

Apenas un ligero bigote sombreaba su labio, y sus grandes ojos expresaban sencillamente la tímida curiosidad de la adolescencia.

Se respiraba cerca de él como un aire matinal.

Así se tenía cuidado de reservarse un poco en su compañía, y las conversaciones de los estudiantes rendían un homenaje á su sencillez.

Esto no quiere decir que se mostrase mojigato, pues entonces se le habría ridiculizado, sino que imponía naturalmente una especie de respeto tierno.

A este candor de fisonomía y á los atractivos se unía una inteligencia de primer orden, ejercitada y fortificada ya por la meditación.

Cuando se empeñaban discusiones serias, el niño protegido por todos asumía un papel viril, muy acentuado; su palabra clara y ardiente cautivaba el auditorio, y había algo singularmente atractivo en este poder ejercido por tal compañero.

II.

Enrique habitaba el mismo hotel que yo en el centro del cuartel latino.

Durante todo el invierno permaneció lo que había sido á la apertura de los cursos.

El frecuentaba asiduamente la biblioteca de Santa Genoveva, y estudiaba, al mismo tiempo que el derecho, la filosofía, la historia, la economía política.... Estudiaba para abrazar todo lo que un hombre distinguido debe saber.

Y todo esto sin la menor sombra de pedantería.

En los primeros días de la primavera, alguno tuvo la desgracia en el café de ponerle en la mano una baraja, y de explicarle el *ecarté*, el *piquet*, y qué sé yo qué mas.

Enrique escuchó maquinalmente, comprendió muy pronto y luego empezó á prestarle á los diferentes juegos el mas vivo interés.

Durante algun tiempo se contentó con dos ó tres partidas cada tarde, después de tomar el café; pero al cabo de un mes la pasión por las cartas comenzó esta á dominarlo y á distraerlo de sus estudios.

Nosotros formábamos un grupo de diez estudiantes, entre ellos Enrique, que comíamos regularmente juntos, y después de comer, en la primavera, nos íbamos á pasear por las calles de Luxemburgo.

No tardamos en observar que este paseo cotidiano impacientaba á Enrique.

Apenas transcurría un cuarto de hora, se mostraba inquieto y comenzaba á quejarse del frío, ó del polvo, ó de la sed.

—Vamos, pues, al café, decía él con su voz mas insinuante. ¿Quién se ofrece para una partida de *piquet*?

Desde el momento que él cojía las cartas no las soltaba hasta media noche.

Muy pronto las tardes no bastaron á su pasión y él le sacrificaba varias horas del día.

Al jugar es de rigor humedecer la garganta, y Enrique poco á poco se aficionó al ajeno.

Sus frescos colores se marchitaron, el óvalo puro de su fisonomía se alteró en breve, y todas sus facciones se acentuaron con una violencia convulsiva.

Quise dirigirle algunas observaciones.

—¡Ah! me dijo él. Eso es mas de lo que yo puedo. Cuando he pasado algunas horas sin manejar las cartas, experimento en los dedos una comezon irresistible.

—Lávate las manos con vinagre y dedica-te con tesón al trabajo.

Él se sonrió, hizo un gesto cualquiera, y me dejó con el primer pretexto para correr al café.

Llegó la época de las vacaciones.

Ese mismo Enrique que nosotros habíamos conocido tan penetrado del sentimiento de la familia, no pudo decidirse á marchar á donde sus padres, á sus tierras; no tuvo fuerzas para arrancarse, por tres meses, á su nuevo género de vida, á la atmósfera de garito y de carton mas ó menos gracioso, que era su deleite.

III.

Lo encontramos á nuestra vuelta rodea-

do de conocidos sospechosos, de camaradas desgolletados.

Vimos que había poca esperanza de volverlo al buen camino.

Sin embargo, nosotros trabajamos en ello como pudimos.

Todas las tardes, tres ó cuatro de nosotros quedábamos vigilantes cerca de él, en el café, para tratar de llevárnoslo en un momento dado.

El desbarató bien pronto todos nuestros planes, y se desembarazó de nuestra vigilancia haciéndose el amante de la señorita del escritorio. Así, se veía obligado á esperar en el café hasta pasada media noche, y á despedirse de los importunos para conducirla á su casa.

Nos vimos entonces obligados á abandonarlo, y no lo volvimos á encontrar sino rara vez, por casualidad, en la calle.

IV.

Tres años trascurrieron, al cabo de los cuales Enrique L. . . se puso á buscar á todos sus antiguos amigos que podían vivir aun en el barrio latino.

El nos invitó misteriosamente á almorzar en uno de los principales restaurantes de la ciudad.

Esto no dejó de picar mucho nuestra curiosidad.

El almuerzo fué espléndido.

Hacia el fin de los postres, Enrique se levantó, mandó llenar los vasos, y cojiendo el suyo de una manera trágica:

—Amigos, exclamó, es el trago de despedida el que voy á beber.

Me voy, parto, abandono, dejo esta ribera izquierda que tanto he amado.

Sabed, muy queridos hermanos, que acabo de cosechar una herencia.

Saludad en mí un capital de cien mil francos!

Desde hoy renuncio á la vida de garito, á los vestidos raídos, á los tabures y á sus obras.

Paso el agua.

Soy un capital de cien mil francos, y como tal quiero lanzarme en el mundo.

Haré papel, hablarán de mí en las revistas de París.

He dicho.

Bebamos!

El desgraciado! no nos decía que esta herencia de cien mil francos le venia de su padre!

Enrique pasó el agua como la pansa las grisetitas para dar mas ancho campo á su vicio.

Mas tarde supimos que era miembro de un círculo donde reinaban despóticamente los reyes de oros, de copas, de espadas y de bastos, y que frecuentaba, además, las casas de juego clandestinas.

V.

Hace algunos meses me encontraba en Burdeos, en la época de la feria.

Entré en una barraca mediante cinco sueldos.

Junto á una mesa estaba sentado un personaje escuálido, macilento, grotescamente vestido y con una cabellera que parecía una melena en revolución.

Me pareció que este personaje no me

era desconocido, y lo observé atentamente.

Ejecutó con destreza varias suertes de barajas, y despues anunció que diria la buena ventura, detrás de una cortina, á todas las personas que quisiesen pagar un suplemento de cincuenta céntimos.

Este prestidigitador, este hechicero era Enrique L. . .

Así vive miserablemente de feria en feria.

Y morirá, segun todas las probabilidades, jugando á la baraja consigo mismo.

J. D. Boredon.

La Semana.

I.

Nada mas difícil para un cronista, que hacer la crónica de una semana estéril.

Se empeña uno en bajar á las profundidades de su memoria; pone la escalera, baja y al llegar al fondo, como hoy en casi todos los aljibes, no encuentra nada.

Sin embargo, esos son los materiales que se le dan.

Pero, ¡bah! mas reducidos son los materiales que uno tiene, muchas veces encontrándose al lado de una mujer y á Vds. como á mí les habrá sucedido mas de una vez, hablar durante una ó dos horas sin decir nada.

¡Si se suprimiera todas las conversaciones inútiles! El mundo estaria en un silencio casi perpétuo.

La Semana Santa se acerca. Ya que no tengo otra cosa que decir, voy á contar á Vds. una anécdota, que no deja de tener su mérito, por el ejemplo y la lección que ofrece.

II.

Adela, era una criatura preciosa. Acababa de cumplir veinte años y hacia dos años que se hallaba unida á Felipe, que la idolatraba.

Unos grandes ojos negros, una mirada ardiente y fascinadora, unos cabellos de ébano que caían en perfumadas ondas sobre un cuello de cisne, una frente despejada y serena, y unos dientes blancos é iguales que se mostraban al entreabrirse sus rosados labios: una figura en fin, llena de gracia y de elegancia, pero que respiraba á la vez una inocencia y una candidez infinita, hacian que Adela, fuera el idolo de los salones y Felipe la envidia de los casados y los solteros.

Pero Adela tenía un defecto, era amiga del lujo.

Al encontrarse en un salón de baile, no le bastaba ser la mas linda, queria tambien ser la mas rica, y Felipe era pobre.

Un dia, Adela estaba reclinada sobre la baranda del balcon, contemplando el cielo, en el momento en que recibió una esquila de convite, para un gran baile que daba la señora de. . .

¿Qué hacer? En casa de la señora de. . . se reunia todo lo mas brillante de la sociedad de Montevideo.

Allí el lujo se mostraba en toda su temida omnipotencia.

Y no hacia mucho que Adela se habia comprado un vestido para asistir á una reunion.

No podia pedirle otra vez á Felipe para comprar otro vestido.

Miró al cielo para pedirle un consejo, y parece que la luz de una estrella la iluminó con su brillo.

Fué á consultar á una amiga. La amiga era fea. En el corazon de las feas, Dios ha puesto siempre una chispa del diamante de la bondad.

¡Honor á esas joyas, que se guardan en una caja sin valor!

Adela le presentó la invitacion, y le dijo:

—¿Qué haré? No puedo pedirle á Felipe para comprar otro vestido.

—¿Pero no tienes el traje blanco que llevaste al último baile?—le dijo su amiga.

—Sí: pero temo que me critiquen si lo vuelvo á llevar; es feo ir dos veces con el mismo traje.

—No creas; lo que es feo, es ponerse aquello que uno no puede pagar, ó que se compra á costa de la calma del hogar. Anda con tu vestido blanco y verás cómo todos te admiran y te elogian.

Adela siguió el consejo. El baile tuvo lugar.

Al dia siguiente las columnas de los diarios estaban llenas de descripciones, pero en todas se decia:

«El baile ha estado magnifico. El lujo y la belleza hacian de aquel punto de reunion un eden, pero, digámoslo con franqueza, sobre todos aquellos vestidos riquísimos, aquellos diamantes, aquella joya que cubrian á nuestras señoras y que hacian que la belleza se perdiera en cierto modo bajo el lujo del traje, se destacaba, como un cisne blanco sobre la superficie de un lago, la Señora Adela N. . . que llevaba un vestido blanco adornado con flores naturales. Al verla, no supimos qué admirar mas, si su belleza natural ó el esquisito gusto y la esquisita sencillez de un traje.»

Esta vez los cronistas, eran el eco de la opinion de la sociedad.

Adela habia sido la reina.

Es que la conciencia del público siempre es recta, y si en el primer momento se deja ofuscar por el brillo de los diamantes, despues comprende que no hay mejor joya que una muger buena, y que el lujo es un álito de muerte que empaña la bondad del corazon.

III.

Hemos hablado del lujo. Digamos algo sobre las necesidades que impone y sobre los dolores que causa.

Tomemos al azar un matrimonio de esos que solo viven para gastar y lucir, y miremoslo. Despues iremos á buscar la calma del hogar, en algunos de esos seres benditos que solo viven para la bondad y para el bien.

IV.

Es una casa magníficamente puesta.

Es la hora de comer. El marido y su esposa se encuentran en la mesa solos; los hijos están al cuidado de una aya—El lujo es enemigo de la maternidad.

Ella—Esta noche es el baile en lo de. . . necesito que me lleves. Voy á ser la reina.

El—Todas las noches estás en bailes y en reuniones—Al menos, déjame descansar á mí—No tengo ganas de ir.

Ella—No sería mal visto que fuera sola. Además los triunfos de una muger recaen sobre su esposo.

El—levantándose sombrío—Te llevaré.

¿Qué hay en esa alma? ¿Porqué es que esa frente se ha arrugado sombríamente? ¿Por qué el esposo abandona la compañía de la esposa?

Es que los celos bullen en esa alma. Es que el padre de familia busca en vano el hogar. Es que el esposo no encuentra á la compañera de su vida.

Su esposa es una máquina de elegancia al servicio de la sociedad.

La madre de sus hijos ha desaparecido ante la leona.

¡Ah! las leonas sociales son más crueles que las de los bosques.

Estas al menos cuidan sus hijos; aquellas las abandonan en manos estrañas para ir á mendigar á la sociedad un aplauso mentido.

Son las tres de la mañana. El esposo y la esposa han vuelto del baile!

¿Qué hay en ese aposento nupcial? En vez de la calma, la tormenta: en vez de la confianza, los celos; en vez de la felicidad, la desgracia!

¿En qué piensa ella? ¿en qué medita? ¿por qué se nubla á veces su frente de ángel? Es que aquellas joyas y aquellas galas tienen una voz que grita poderosamente en el silencio del hogar.

¿Y él? ¿en qué piensa? ¿cuáles son las ideas que revuelve en su mente? Pobre sepulturero de sus propias ilusiones, está cavando la tumba en que ha de encerrar todas sus esperanzas: la tranquilidad de su vida: la calma de su hogar.

Como Claudio Frollo, en las paredes de su celda, el destino ha grabado en la puerta de ese aposento nupcial: ANARK.

V.

Dios ha hecho de la inocencia y de la bondad, los ángeles de la tierra.

Ved ese aposento, adornado sencillamente, alumbrado por la débil luz de esa lámpara.

Hay allí un matrimonio que es feliz.

La mujer, cose sentada al lado de la mesa, en tanto que el menor de sus hijos juega á sus pies sobre la alfombra.

El marido lee, ó escribe sobre su mesa, y de vez en cuando levanta la vista y pasea una mirada radiante, por aquel cuadro de indescriptible felicidad.

Parece que es la mirada de Dios, que cae cariñosamente sobre aquel aposento.

De repente se oye un grito: el grito de un niño que ha caído.

La madre se levanta azorada; el padre abandona su libro y corre á levantar á su hijo—El niño no se ha hecho nada, lo levantan, le secan las lágrimas, le dan un beso en la frente—y el niño vuelve á jugar y el padre á leer y la madre á escribir.

Las conmociones del hogar son sublimes!

El hogar es el poema del corazón! Sus batallas, sus combates son esos. Un niño que llora!

¡Ah! ¡dichosos los sacerdotes de ese divino templo!

Honor á esos apóstoles de la felicidad!

Vosotros q' habeis leído las descripciones de Lamartine y habeis oído hablar de los magníficos grupos de Miguel Angel, de los cuadros divinos de Rafael, ¿qué cuadro más divino que el que presenta una madre rodeada de sus hijos y un padre que los contempla?

La epopeya del corazón humano es sublime!

En ella hay algo de Dios!

Un matrimonio feliz, es una plegaria perpetua!

Quasimodo.

El tío y el sobrino

II.

Vamos antes á ocuparnos de algunos antecedentes relativos al tío y al sobrino. Francisco era el único hijo de un antiguo preboste del pasaje del Saumon, conocido con el nombre del señor Tomás. Las prenderías son un buen comercio, pues hay artículos en que se gana un ciento por ciento. Desde la muerte de su padre gozaba Francisco de esa comodidad que se llama honrada; sin duda porque nos libra de cometer bajezas ó quizá también porque nos permite dar muestras de afecto á nuestros amigos: tenía 30,000 francos de renta. Sus inclinaciones eran las más sencillas como nos parece haberlo dicho. Daba una preferencia á todo lo que no brilla y escogía de un modo natural sus guantes, sus chalecos y sus gabanes, en esa serie de colores modestos que se entienden entre el negro y el marrón. Nunca se acordaba de haber pensado en un penacho, siquiera fuese en la más tierna infancia; ni de que le hubieran alterado el sueño las cintas más enviadas. Los quevedos para él estaban de más por la sencilla razón, según él decía, de que sus ojos estaban muy bien conservados así como alfileren la corbata, porque no es un requisito necesario; en una palabra, temía hacerse notar, cuya idea le llevaba hasta el extremo de facinarle el charol de sus botas.

Gran disgusto le habria causado si su nacimiento le hubiese afligido con un nombre ilustre y si su padrino le hubiese llamado Américo ó Fernando se hubiera resistido á firmar toda su vida, pero felizmente eran nombres tan modestos, como si él mismo los hubiera elegido.

Su timidez le impidió emprender una carrera, pues después de haber pasado el umbral del Bachillerato se respaldó contra esa puerta inmensa, que conduce á todo y permaneció preocupado ante los siete ú ocho caminos que veía abiertos, resultando de sus cavilaciones que el foro le parecia muy agitado, la medicina muy molesta, la enseñanza demasiado imponente, el comercio muy complicado y la administración muy plagada de contrariedades.

En cuanto á la milicia, ni pensarlo siquiera, y no porque tuviese miedo del enemigo, sino porque temblaba á la idea del uniforme, lo cual le indujo á atenerse á su primer oficio más bien por lo oscuro que era que por lo fácil: se determinó á vivir de sus rentas.

Como no le habia costado trabajo el ga-

nar el dinero lo prestaba con suma facilidad, rara virtud, en cambio de la cual le dió el cielo muchos amigos, á quienes estimaba con sinceridad y hacia lo que deseaban con la mayor amabilidad. Si por casualidad se encontraba á alguno de ellos siempre era él quien se dejaba coger del brazo, daba una media vuelta y caminaba hacia donde querían dirigirle. Nótese que no era tonto, ignorante ni falto de luces naturales, como lo demuestra su conocimiento de tres ó cuatro lenguas vivas, poseyendo además el latín, el griego y todo lo que se aprende en un colegio; tenía algunas nociones de comercio, de industria, de agricultura y de literatura, y juzgaba con rectitud una obra recién publicada cuando nadie estaba presente para escucharle.

Pero como su debilidad se ponía más de manifiesto era con respecto á las mujeres. Esperimentaba una necesidad constante de amar á alguna y si por la mañana al restregarse los ojos no habia visto algún rayo de amor en el horizonte, se levantaba de mal humor y aburrido.

Cuando asistía á un concierto, á un teatro, lo primero que hacia era buscar un rostro que le agradase, y hallado se enamoraba por algunas horas. En este caso la comedia le parecia excelente, delicioso el concierto, sino todos los cómicos hablaban mal ó cantaban imperfectamente. Tenía su corazón tal horror al vacío que en presencia de una belleza mediana se apresuraba por encontrarla más agradable. No hay que decir que esa ternura universal, lejos de ser efecto de la disolución, reconocía por causas la inocencia. A todas las mujeres amaba sin decirselo, porque no se habia atrevido á hablar con ninguna. Era la misma candidez y la ingenuidad misma.

Cuando amaba, él mismo se encargaba de redactar declaraciones atrevidas que por lo común no pasaban de sus labios. Si hacia la corte, daba entender el fondo de su alma, proseguía conversaciones detenidas, encantadores diálogos, cuyas preguntas y respuestas tocaba á él proporcionar. Tenía á mano discursos bastante enérgicos para conmover á las rocas y suficientemente ardientes para deshacer el hielo, pero no hubo una sola joven que confirmase sus mudas inspiraciones; decía que basta querer para ser amado. Grande es la diferencia entre el deseo y la voluntad, entre el deseo que divaga por las nubes y la voluntad que corre á pié por los guijarros: entre un elemento que todo lo espera de la casualidad, y otro que no pide más que á sí mismo, sucediendo así que la voluntad, al paso que marcha recta al término por entre los cercados y los fosos, las montañas y las pendientes, el deseo se queda en su lugar proclamando tranquilo el punto á que se dirige.

Sin embargo, en el mes de agosto de este año, cuatro meses antes de lo que hemos referido, Francisco se habia atrevido á amar de frente desde que se encontró una joven que era casi de sus mismas condiciones morales, y cuya exagerada timidez habia inspirado valor á nuestro héroe; era una parisiense muy delicada, pálida y transparente con esos bellos niños cuya sangre azul corre casi manifestamente bajo la epidermis.

(Continuará.)